La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

EL SIGNO DE QUEMYISETH

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



EL SIGNO DE QUEMYISETH

KELLTOM McINTIRE

INTRODUCCIÓN

Aquélla tarde, la señorita Choney Wilson regresó muy excitada a su pequeño y modesto apartamento del callejón Shannon, 283.

Por encima de la monotonía que presidía las jornadas normales, aquel día había ocurrido algo extraordinario: un hombre, un nombre atractivo; de mediana edad, sereno y juicioso, le había propuesto casarse con ella.

Pero ¿quién era Choney Wilson?

Una joven como tantas y, sin embargo, excepcional, Choney trabajaba como asistenta social en el Hospital Geriátrico del estado de Pennsylvania, situado en la localidad de Bonneville.

Choney tenía veinticuatro años. Era morenita, de mediana estatura, vivaracha y gentil. Había realizado, a sus diecisiete años, los estudios correspondientes a enfermera diplomada. Se había sorprendido mucho al ser mencionada cum laude en el acto solemne de la entrega de los diplomas. Porque Choney Wilson, por encima de todo, era una muchacha sencilla, normal hasta las últimas consecuencias. Era, eso sí, tremendamente sensible, entregada y leal.

Hasta los dieciséis años, Choney había vivido en vilo. Y tenia motivos. Huérfana, dependiendo absolutamente de la beneficencia pública, a los nueve años un cardiólogo le había detectado una malformación congénita del corazón que la mantenía en un constante estado de ansiedad y zozobra.

Luego, cuando cumplió los dieciséis, el doctor Gerald Mumphie decidió operarla. Se trataba de un caso de válvula tricúspide. Había que operar, realizar una verdadera labor de «arquitectura» quirúrgica en aquella válvula, disminuirla, remodelarla y convertirla en algo útil para que Choney Wilson siguiera viviendo como una persona normal... lo que nunca había sido hasta entonces.

Fue una intervención dificultosa, que duró muchas horas. Pero al cabo de un mes, Choney empezó a descubrir la vida. Estaba completamente curada. Era normal: justo aquello que siempre había deseado.

Se lo dijo al doctor Mumphie, con todo el amor y la comprensión de un auténtico profesional:

—Ya puedes saltar, correr, vivir, reír, gozar... Puedes hacer todo lo que haría una persona normal, sin más limitación que el propio raciocinio, Choney. Deseo de corazón que seas muy feliz, chiquilla.

Choney se sentía tan emocionada que apenas supo pronunciar unas palabras.

—¿Qué podría hacer, doctor? ¿Cómo agradecerle todo lo que ha hecho por mí? —balbuceó.

—Es muy fácil, querida, aunque nadie pueda exigirte nada superior a tus fuerzas. Puedes ayudar a los demás, volcarte hacia el prójimo, solucionar alguno de los múltiples problemas que tienen tantas personas. Haz lo que te dicte tu corazón. Serás muy feliz —respondió el cirujano.

Choney le besó las manos. Mumphie no era ningún jovencito. Acababa de cumplir los sesenta años, pero sus manos eran aún firmes... aunque tuvieran el aspecto de las de un anciano.

—En el hospital geriátrico necesitan a una asistenta social, Choney —sugirió el viejo médico—. Naturalmente, tendrás que hacer unos cursillos. Pero tú has hecho ya tres cursos de enfermera, y no te resultaría difícil. Si quieres, escribiré unas palabras en una tarjeta para el doctor Grey. Es un buen amigo mío. Si Grey opina que puedes serles útil, todo estará solucionado.

Y así fue. Choney, que había vivido en vilo todos los años de su infancia y de su adolescencia, tomó el autobús para Bonneville y se entrevistó con el geriatra.

Obtuvo una plaza como enfermera inmediatamente. Pero ella quería obtener la de asistenta social y se preparó de firme para conseguirla.

La figura de Choney Wilson se hizo pronto muy popular y familiar en Bonneville y, sobre todo, en el hospital geriátrico. En pocos años, vino a ser el alma de aquel centro. Se desvivía por los ancianos, poseía esa rarísima cualidad que supone crear simpatía y confianza a su alrededor, daba muestras de tener una paciencia a prueba de manías sensibles, pero poseía también firmeza y autoridad, si era necesario.

De acuerdo con el director del centro, doctor Chad Grey, mejoró considerablemente las condiciones sociorecreativas del hospital geriátrico. Organizó una sala-taller donde los ancianos se divertían trabajando, animó a los más deprimidos, se hizo amiga de todos y su presencia llegó a ser insustituible.

Pero a los veinticuatro años, Choney Wilson no había conocido a ningún varón. Es decir, jamás salió con ningún joven de su edad, ni se divirtió, ni tuvo un flirt, ni salió a bailar, ni...

Por eso aquella tarde, Choney llegó especialmente jubilosa a su pequeño apartamento del callejón Shannon.

Días atrás, Choney había conocido a aquel atlético caballero de los cabellos plateados los ojos grises. Fue algo casual: conducía su viejo

automóvil de tercera mano hacia el hospital, cuando un neumático delantero estalló y el coche se bamboleó peligrosamente. Al final, Choney consiguió detenerse... al chocar contra el paragolpes de otro automóvil estacionado junto a la acera.

Entonces salió él del otro coche. Y al verla consternada, se apresuró a decir:

—Tranquilícese, no ha sido nada. Al ver cómo su automóvil bandeaba, comprendí que había sufrido un pinchazo. ¿Tiene rueda de repuesto? Yo se la cambiaré.

Amable, gentil, sencillo... Aquel hombre caló rápidamente en la receptiva sensibilidad de Choney Wilson. Apenas supo balbucear unas palabras de agradecimiento cuando él, en pocos minutos, terminó de cambiar la rueda estropeada.

Él sonrió, un poco embarazado.

«Somos dos grandes tímidos —pensó Choney—. Pero me gusta.»

Se vieron posteriormente. Al atravesar la Avenida de las Américas, él permanecía ante el semáforo y la saludaba levemente con una sonrisa y un movimiento de la mano derecha.

Pero un día, él la esperó a la puerta del hospital geriátrico. Fue directamente a su encuentro y después de saludarla, dijo algo tan poco normal como:

—Ya no soy capaz de reprimir mis sentimientos, señorita Wilson. Estoy enamorado de usted. Necesito hablar, exponerle tantas cosas... ¿Por qué no...?

Choney se ruborizó hasta alcanzar el tono encendido de la grana. Por supuesto, que ella había pensado mucho en aquel hombre que ahora se la comía con los ojos, pero de ahí a...

—Disculpe —murmuró—. Llego un poco retrasada y me gusta ser puntual en mi servicio.

Se marchó a paso ligero, muy nerviosa. Pero se volvió y él aguardaba inmóvil y erguido, en una actitud que a Choney le pareció patéticamente ansiosa.

—Mi servicio termina a las siete de la tarde. Si me quiere esperar a esa hora...

¿Cómo había tenido tamaño atrevimiento? Pero así son las cosas. Lo cierto es que él, después de escucharla, pareció transfigurarse. Su rostro bronceado se distendió en una sonrisa encantadora y sus ojos color nácar fulgieron al sol.

—Estaré aquí, esperándola, antes de las siete —prometió.

Y allí estaba, al atardecer.

Habían tomado una o dos cervezas en el bar libre instalado en Redmount Park. Fue una conversación fluida, atrayente, plácida y satisfactoria.

Él parecía un hombre honrado. Sencillamente, todo un hombre.

Pero cuando Choney llegó a casa no quería pensar en esto. Su corazón estallaba de felicidad, pero debía contenerse y descansar, pues a la mañana siguiente debía partir en viaje de vacaciones al cuidado de cincuenta ancianos desahuciados que, tras mucha insistencia, habían conseguido su sueño de gozar de un plácido verano antes..., antes de morir.
Ahora, Choney no debía pensar en él, sino en ellos. Cuando se acostó, desdeñó aquel volumen de ciencia-ficción titulado «EL EMISARIO». Choney tenía una imaginación fantástica, pero aquella noche no quería que nada perturbara su descanso.
Sin embargo...

CAPÍTULO PRIMERO

El día 16 de agosto, la cadena de televisión NBC expandió un boletín informativo de urgencia a lo largo y lo ancho de todo el país:
Un preso fugado de la penitenciaría de Raff Gardens (Pennsylvania), consiguió subir a un autocar que se disponía a partir hacia el Sur desde el hospital geriátrico de Bonneville, localidad situada a treinta kilómetros del centro penitenciario mencionado.
Seguiremos informando en cuanto lleguen nuevas noticias a nuestros estudios.
Este boletín fue transmitido pocos minutos después de que se produjera el secuestro. Es decir, a las diez y media de la mañana del dieciséis de agosto.
A las once, la cadena NBC volvía a interrumpir su programación normal para ampliar sustancialmente la noticia.
El hombre que se apoderó de un autocar en Bonneville es Kent Gizzay, apodado La Esfinge, condenado a cadena perpetua por varias violaciones y asesinatos.
Hemos conseguido averiguar que en el autocar viajan cincuenta ancianos desahuciados, la doctora Henriette Morris la asistenta social Choney Wilson y el conductor del autocar, Edmond Fray.
Al parecer, el fugitivo logró subir al vehículo mientras su conductor y la asistenta Wilson acomodaban a los ancianos en sus asientos. Según han relatado testigos presenciales. Kent Gizzay se situó inmediatamente tras el volante y arrancó a toda velocidad en dirección a la carretera Setenta.
Una gran operación policial acaba de ponerse en marcha. Helicópteros y vehículos de la policía siguen a prudencial distancia al autocar rojo.
Se ha sabido que los cincuenta ancianos que sirven de rehenes a Kent Gizzay se disponían a iniciar una larga gira de recreo a través de varios estados de la Costa Este. Lo más emotivo del caso es que se

trata de enfermos incurables, que pidieron organizar este viaje antes de morir, a lo que accedió el director del hospital geriátrico de Bonneville, Chad Grey.
La noticia atrajo inmediatamente la atención de millones de norteamericanos, pues las restantes cadenas de televisión se apresuraron a propagar aquel suceso a la totalidad del país.
La organización de la operación de rescate recayó sobre la Oficina Federal de Investigación. El director del FBI nombró a un veterano policía como jefe y coordinador de las actuaciones policiales, el SAC Peter Klondike.
Lo primero que hizo Klondike fue telefonear al director de la Penitenciaria de Raff Gardens, Michael Gould.
Gracias a Gould, Peter Klondike consiguió hacerse una imagen muy aproximada de la personalidad del fugitivo Gizzay.
—Se trata de un individuo extravagante. En realidad, yo creo que Kent Gizzay no está muy bien de la cabeza.
—Pero...
—Ya sé lo que va a decirme: que si estuviera loco, los psiquiatras le hubieran enviado al manicomio. Y en efecto: Kent Gizzay fue sometido a diferentes pruebas de este tipo, pero los médicos decidieron que su equilibrio mental era perfecto. Y añadieron que se trataba de un individuo muy inteligente, con una capacidad intelectual muy superior a lo normal.
El hombre del FBI quedó perplejo.
—En tal caso, ¿que le anima a usted a pensar que Kent Gizzay es un perturbado? —preguntó el alcaide de Raff Gardens.
—Su conducta, extravagante hasta límites insospechados. Pero antes he de decirle, señor Klondike, que al principio Gizzay llegó a convencer a los médicos y a los propios vigilantes de prisiones de que se trataba de un sordomudo.
—¿Cómo?
—Sencillamente, no reaccionaba a las órdenes e indicaciones ni pronunciaba una sola palabra.
—¿Y no era cierto? Quiero decir, ¿no era sordomudo?
—No. Poco a poco, comenzó a reaccionar. Al principio sólo pronunciaba algunos vocablos elementales: comida, sed, frío...
—Eso parece indicar que se trataba de un extranjero —sugirió el policía federal.
—Es lo que pensamos todos. Y así lo hice constar al psicólogo de la prisión y a los médicos que se llevaron posteriormente al preso para ser observado en el Sanatorio Psiquiátrico del Estado.
—¿Y bien? ¿Era realmente un extranjero?
—No fui informado al respecto. Kent Gizzay fue devuelto tres meses más tarde a esta penitenciaría, una vez condenado a prisión de por

vida. Bueno... En principio, fue condenado a muerte, pero después le conmutaron dicha pena por la cadena perpetua.
Klondike vaciló.
—Pero usted afirma que Gizzay parecía loco —observó, luego—. ¿Puede explicarme por qué?
—Desde luego. Gizzay se resistía sistemáticamente a la disciplina penitenciaria. No voy a ocultarle que los funcionarios a mis órdenes fueron contundentes con el. Mis vigilantes le consideraban hombre sumamente peligroso, por lo que Gizzay fue corregido con dureza. El primer año de estancia en esta prisión se lo pasó prácticamente en la «nevera».
—¿La «nevera»?
—Es el nombre que Los presos dan a las celdas especiales de aislamiento, destinadas a los más contumaces al tratamiento penitenciario —respondió Michael Gould.
—Siga, por favor —rogó Klondike, prendido su interés en el relato del director de la penitenciaría de Raff Gardens.
—Pues bien; como le decía, Gizzay se resistía constantemente a las normas disciplinarias, aunque debo puntualizar que su actitud era más bien pasiva. No acudía rápidamente a las formaciones y desobedecía constantemente, pero sólo reaccionaba violentamente cuando se le forzaba a obedecer.
—Es lógico, si no conocía nuestro idioma —observó Klondike.
—Bien, esto pudo ocurrir al principio. Pero Gizzay comenzó a expresarse en inglés rápidamente. De modo que su desobediencia era consciente. Al cabo del tiempo, y tras los numerosos castigos, Gizzay comenzó a adaptarse a las normas carcelarias.
—¿Por qué le apodaban La Esfinge?
—En parte, por la semejanza fonética entre el nombre de la Esfinge egipcia (Gizeh) y su propio apellido, Gizzay. Pero también por su actitud inexpresiva y distante. Jamás se relacionó con sus compañeros ni tuvo un solo amigo a lo largo de su estancia aquí.
—¿Cuántos años?
—Once.
—¿Qué edad tiene actualmente Kent Gizzay?
—Nadie lo sabe con certeza, pero cuando ingresó aquí tenía el aspecto de un hombre de cuarenta años. Por entonces tenía los cabellos completamente canos, pero daba la impresión de ser un individuo todavía joven, muy fuerte y resistente. En realidad, pienso ahora que los duros castigos jamás llegaron a quebrantarle —opinó Michael Gould.
—Es decir —calculó Peter Klondike—, debe tener unos cincuenta años.
—Sí, aproximadamente. Como le decía, a lo largo de estos once años

Kent Gizzay permaneció siempre alejado de sus compañeros. Se había encerrado en sí mismo y apenas cambiaba con los demás las frases imprescindibles, aunque en poco tiempo consiguió expresarse correctísimo en inglés. Al principio, fue destinado al taller de carpintería. Su falta de interés por el trabajo era total. Al parecer sólo tenía un interés...

—¿Cuál?

—La biblioteca de la prisión. Consiguió permiso en varias ocasiones para visitarla y consultar sus volúmenes. Solía agotar la paciencia del funcionario encargado de la biblioteca.

—¿Por qué?

—El proceder de Gizzay era de lo más extravagante. Pedía un libro, se retiraba a una mesa, lo hojeaba rápidamente, lo devolvía y pedía otro. Y así docenas de veces, hasta aburrir totalmente al funcionario.

—Ya.

—No crea que eso era todo. En primer lugar, Gizzay no se inclinaba por la literatura de evasión como la mayoría de los presos.

—¿Cuál era su lectura predilecta?

—Las Ciencias, el Arte, las Humanidades, la Técnica... Lo más elevado de los conocimientos atesorados por el hombre a lo largo de nuestra Historia. Que el funcionario de la biblioteca se impacientase, era razonable. Gizzay tenía un libro unos pocos minutos y en seguida lo devolvía y solicitaba otro. Prácticamente, el funcionario (un titulado, por cierto, y hombre de reconocida paciencia y buen trato a los reclusos) debía dedicar todo su tiempo a complacer a Gizzay.

—Muy extraño, ciertamente —opinó Peter Klondike.

—Cuando Broke, el funcionario, le preguntaba a Gizzay por qué devolvía los libros apenas hojeados, éste respondía invariablemente: «Ya sé todo lo que me interesa de ese volumen.» Y se empeñaba en que le fuera entregado otro distinto. Broke acababa perdiendo la paciencia y le enviaba a su celda, pero Gizzay se las arreglaba para volver al día siguiente. El psicólogo y yo estuvimos de acuerdo en que si Gizzay modificó su conducta positivamente, no fue sino por interés de obtener autorizaciones para visitar la biblioteca. Y luego, cuando pasaron por sus manos unos cinco mil volúmenes escogidos, jamás volvió por allí. Supongo que a partir de allí, el fugitivo no pensaba sino en la fuga, que consiguió finalmente de forma increíble.

—Por cierto, ¿cómo se fugó? Quiero decir, ¿cómo lo logró? Según tengo entendido, Raff Gardens es una prisión de máxima seguridad —observó el hombre del FBI.

Tardó en llegar la respuesta de Michael Gould.

—Nadie lo sabe. Cuando los vigilantes se dispusieron a pasar el recuento de diana, la puerta de su celda estaba abierta, aunque no forzada. Gizzay había desaparecido sin dejar huella. A pesar de los

controles por circuito cerrado de televisión, a pesar de las sensibles alarmas y de los gruesos barrotes de los rastrillos y cancelas. Hasta ahora, señor Klondike, no hemos conseguido averiguar cómo se produjo la fuga. Personalmente, y aunque confío en la integridad de mis funcionarios, opino que debió contar con la ayuda de alguno de los vigilantes del interior de la prisión. Si es así lo averiguaremos.
Klondike reflexionó.
—A fin de cuentas, todavía no alcanzo a comprender por qué atribuye usted a Gizzay un desequilibrio mental. Todo lo que me ha contado acerca de su conducta viene a señalar a Gizzay como un individuo lleno de rarezas, pero de ahí a considerarle loco...
—Tiene razón. He olvidado decirle lo más importante: desde el primer momento en que decidió hablar, Kent Gizzay se empeñó en hacer protestas demenciales: aseguraba que era absolutamente inocente. Y no sólo esto: afirmaba que él no pertenecía a este mundo, sino a otro distinto y remoto. ¿Comprende ahora, señor Klondike? —arguyó Michael Gould.
Aunque el director de Raff Gardens no pudiera verle, Peter Klondike asintió con el gesto. Comenzaba a comprender.

CAPÍTULO II

A las catorce diez de ese mismo día —16 de agosto—, el autocar rojo que transportaba a cincuenta ancianos desahuciados por la ciencia módica, traspasaba la divisoria entre los estados de Pennsylvania y West Virginia.
A bordo del helicóptero que seguía al vehículo secuestrado por un fugitivo peligroso, Peter Klondike se comunicaba por radio con los vehículos que seguían igualmente al autocar.
—¡No, nada de pasar a la acción aún! —gritaba Klondike—. Según las noticias que tengo, ese hombre no se ha manifestado violentamente hasta ahora. Mantengamos la calma y sigamos vigilando. Mi estrategia, si no se producen novedades que nos obligaran a intervenir, es la siguiente: esperar a que Gizzay se fatigue. Déjenle continuar libremente.
Klondike se sentía un tanto disgustado. Por varias razones.
En primer lugar, era excesiva la responsabilidad que el director de la Oficina Federal de Investigación había dejado caer sobre sus hombros. Peter Klondike dirigía a millares de policías en ese momento. Tenía prioridad absoluta en las comunicaciones y la amplia red policial que seguía el viaje del autocar rojo le obedecería inmediatamente a la menor indicación.
Por otra parte, con él viajaban los agentes Thorpe, Williams y

Chardum, demasiado jóvenes, fogosos y decididos.
Los tres ansiaban pasar a la acción cuanto antes. Para ellos —según sus propias opiniones— sería muy fácil reducir al fugitivo de Raff Gardens.
—Bastaría con que Thorpe y yo nos dejásemos caer sobre el techo del vehículo desde la escala del helicóptero —había sugerido Chardum—. Mientras uno de nosotros distraía a ese criminal, el otro le reduciría sin gran riesgo.
Pero Klondike no estaba de acuerdo.
Lo que más le preocupaba era la seguridad de aquella cincuentena de ancianos condenados a morir a plazo fijo.
Cincuenta ancianos de ambos sexos que habían conseguido hacer realidad su último sueño vital: gozar de un viaje de placer antes de que inexorablemente les fuera llegando la muerte, puesto que sus padecimientos eran irreversibles.
Luego también estaban la esforzada doctora Henriette Morris, aquella mujer de cincuenta años que había dedicado su vida por completo a enjugar las lágrimas y a aligerar los padecimientos de los ancianos enfermos que albergaba el hospital geriátrico de Bonneville. Y la joven y guapa Choney Wilson, la asistenta social de veinticuatro años que atendía a los ancianos a bordo del autocar. E incluso Edmond Fray, de treinta y cinco años, el conductor del autobús, un joven casado y con tres hijos de corta edad.
Pero, sobre todo, los ancianos. Esa era la gran preocupación del SAC Klondike, de cuarenta y ocho años, que también tenía un padre y una madre ancianos, aunque rodeados de cariño y cuidados.
Klondike tenía en su poder varias fotos. Las de la doctora Morris, Choney Wilson, Edmond Fray y Kent Gizzay.
Así sabía que Henriette Morris era una mujer de aspecto insignificante. Bajita, gordita, de cabellos grises y expresión bondadosa.
Choney Wilson, por el contrario, era alta, esbelta, muy agraciada físicamente. Era morena, de facciones regulares y ojos grandes, castaños, muy expresivos. Tenía todo el aspecto de una joven dinámica e incansable.
Fray era un hombre de facciones angulosas, fuertes, tenía un bigote espeso y ojos pequeños y vivos que sonreían.
La imagen más impresionante correspondía a Kent Gizzay. Un rostro cuadrado, con cejas espesas y plateadas, nariz recta, boca grande y mentón férreo. Las facciones eran muy atezadas —a pesar de que la foto era reciente y aquel hombre llevaba once años a la sombra— y contrastaban atractivamente con la crespa cabellera blanca, con destellos plateados.
Un detalle fuera de lo común: también los ojos de aquel hombre

tenían destellos metálicos. Y su color podía ser gris, aunque el tono era indefinible.
A aquella Hora —dos veinticinco de la tarde—. Peter Klondike sabía muchas cosas acerca del fugitivo. Y muchas de ellas inquietantes.
Nadie sabía si Gizzay portaba armas, aunque era de esperar que un hombre tan peligroso hubiera robado un revólver o una metralleta en cualquier parte, sobre todo si se tenía en cuenta que Gizzay era consciente de que la policía le dispararía sin previo aviso en cuanto fuera avistado.
Aquella mañana, inmediatamente después de mantener una conferencia de media hora con Michael Gould, Klondike había obtenido otras noticias a partir de los archivos policiales y jurídicos.
Supo que Gizzay había sido detenido en una alejada casa de campo situada a varios kilómetros de distancia de la ciudad de Altoona (Pennsylvania). En el momento de la detención, Gizzay yacía en una cama. Junto a él, el cadáver de la joven de diecisiete años a la que había estrangulado y violado.
Gizzay no pudo resistirse a su detención: estaba completamente borracho. En el suelo, una botella pequeña de whisky vacía.
Esa misma noche, la policía recibió otras cuatro denuncias: correspondían a hallazgos de otras cuatro mujeres, igualmente violadas y estranguladas. Fueron halladas en construcciones aisladas y separadas pocos kilómetros entre sí.
En los escenarios de aquellos crímenes se encontraron otras tantas botellitas de whisky vacías, de la misma marca que la hallada junto a Gizzay en la casa de campo. Otro detalle que relacionaba los cinco impresionantes crímenes eran las colillas de cigarrillos «Peter Stuyvesant» halladas en tales lugares. Y precisamente Kent Gizzay llevaba una cajetilla casi vacía de aquella marca en el bolsillo de su camisa, en el momento de ser detenido.
(Sin embargo, y según le había asegurado el director de la penitenciaría de Raff Gardens, jamás fumó en la prisión.)
Kent Gizzay fue interrogado inmediatamente. Pero las preguntas de los policías cayeron en un pozo sin fondo. El detenido no hizo ninguna declaración ni pronunció una sola palabra.
Parece lógico que los policías perdieran la calma ante su tenaz silencio y que, en consecuencia, Gizzay fuera objeto de malos tratos, pues cuando fue presentado ante el juez, el acusado presentaba señales ostensibles de haber sido sometido a tortura.
Sin embargo, el proceso siguió adelante. Había pruebas suficientes para acusar a Kent Gizzay de un quíntuple asesinato. Naturalmente, la opinión pública estaba excitada ante aquellos horrorosos crímenes: en una sola noche, el criminal había violado y asesinado a cinco mujeres distintas, todas ellas jóvenes y menores de dieciocho años. Un crimen

imperdonable.
Por otra parte, Gizzay no llevaba encima documentos de identificación ni ningún objeto que sirviera para identificarle. Le fueron tomadas huellas dactilares y enviadas al registro central de Washington, pero ello no sirvió sino para establecer que Kent Gizzay no estaba fichado.
¿De dónde procedía, dónde vivía, cuál era su nombre, su estado, su situación ciudadana...?
La policía no logró averiguar nada al respecto. Gizzay, por otra parte, mantenía un hermético silencio. Ni ruegos ni amenazas sirvieron para romperlo. Ni siquiera el tercer grado y otros malos tratos a los que fue sometido por los agentes que le interrogaron. Kent Gizzay seguía callando.
Sólo cuando por enésima vez le fue formulada aquella pregunta: «¿Tu nombre completo?», el detenido murmuró algo entre dientes.
—¿Qué ha dicho? —gruñó el policía que dirigía el interrogatorio.
—No sé —respondió otro—. Le he oído algo así como Kent Gizzay.
Y anotaron ese nombre en su ficha policial.
Dada la psicosis habitual en el país, la policía sospechó que Gizzay era un espía soviético.
En consecuencia, el preso fue entregado a los servicios de contraespionaje, que le «trabajaron» a conciencia durante un mes.
Ni la tortura —incluido el tercer grado—, ni el tratamiento a base de drogas obtuvo éxito. Finalmente, los servicios de contraespionaje devolvieron a Kent Gizzay a las autoridades que le hablan detenido.
Fue procesado como autor de un quíntuple asesinato y otras tantas violaciones y condenado a muerte. Su abogado, un hombre que dudaba de la culpabilidad de Gizzay, elevó una petición de indulto al presidente de la nación y éste concedió la condonación de la pena máxima por la cadena perpetua.
Ahora, sobrevolando a seiscientos metros de altura el autocar rojo que conducía Kent Gizzay, Klondike se preguntaba cómo era posible que la policía no hubiera podido establecer claramente la identidad de aquel criminal.
—Quizá Michael Gould tenga razón y Gizzay sea un perturbado mental. Y si esto es cierto, las reacciones de ese individuo serían imprevisibles —reflexionó.
¿Por qué había optado Gizzay por escoger un autocar primado para emprender la huida? Esta misma resolución apunaba un cierto desequilibrio mental por parte de aquel individuo, puesto que le hubiera sido mil veces más fácil escapar robando un automóvil o una furgoneta.
—¡Eh! —exclamó en ese momento Chardum—. ¡El autocar está aminorando la marcha!
Klondike se inclinó hacia adelante y miró abajo.

Era cierto. El autocar se aproximaba a una estación de servicio situada a la entrada de la ciudad de Wheeling.
Un minuto después, el vehículo rojo abandonaba la autopista y se detenía paulatinamente en la estación de servicio.
—¡Baje! —ordenó Klondike al piloto del helicóptero.
El aparato descendió casi verticalmente y se inmovilizó en el aire a unos cincuenta metros de distancia.
—¡Un hombre acaba de bajar del autocar! —exclamó el ansioso Ted Chardum.
El hombre que acababa de abandonar el autocar rojo era el chófer, Edmond Fray. Según pudo apreciar Klondike, Fray charlaba con un mozo de la gasolinera y señalaba hacia el autocar donde aguardaban los ancianos y sus dos cuidadoras.
—¿Qué esperamos? —susurró Bob Thorpe, impaciente—. ¡Esta es nuestra ocasión! Gizzay lleva conduciendo cuatro horas sin descansar. Debe sentirse envarado, dolorido. ¡Quizá baje a estirar las piernas! Y en ese momento, nosotros...
Ron Williams no decía nada, pero apretaba firmemente la corta metralleta MIO entre sus fuertes dedos. Parecía ansioso por apretar el gatillo.
—Serenaos —pronunció Klondike, autoritario—. Observa remos desde aquí. Si Gizzay baja del autobús, yo decidiré lo que haya de hacerse.
Thorpe apretó las mandíbulas, decepcionado y furioso. Pero no se atrevió a hacer nuevas propuestas a su jefe.
Abajo, el mozo de la estación de servicio estaba llenando de combustible el depósito del autocar rojo, mientras Edmond Fray contaba los vales de gasolina.
Una cabeza de cabellos plateados apareció por una ventanilla de la izquierda y escrutó las alturas.
—¡Gizzay! —gritó Ted Chardum—. ¡Es él, mírenlo!
Miró Klondike fijamente y preguntó:
—¿Me permite que le tire, jefe? Estoy seguro de acertarle fui el mejor tirador de mi promoción.
Pero Peter Klondike denegó con un rictus de severidad.
—Ni se le ocurra, Ted —advirtió—. Es posible que le alcanzase, pero si fallase Kent Gizzay sabría a qué atenerse sobre nuestras intenciones. Y su revancha sería terrible. ¿Ha olvidado ustedes que Gizzay tiene en su poder a cincuenta ancianos indefensos?
Chardum desvió la mirada.
En aquel momento, Edmond Fray ascendió al autocar; el vehículo se puso en marcha.
—¡Ese maldito criminal! —rugió Rom Williams—. ¿Es que no va a parar nunca? ¡Esos ancianos necesitan descanso Además, la temperatura pasa ya de los treinta y cinco grados. ¡Los pobres viejos

se van a asar ahí dentro!
—El autocar dispone de aire acondicionado, no creo que pasen calor —respondió el SAC Klondike—. De todas formas, antes o después tendrá que detenerse.
El autocar rojo se alejaba ya y finalmente desapareció tras una amplia curva de la autopista.
—Baje —pidió Klondike al piloto.
Acababa de ocurrírsele una idea. Según los informes recibidos, el autocar rojo disponía de radio teléfono.
«Intentaré comunicarme con ese loco», pensó Klondike en el momento en que el helicóptero elevaba tolvaneras de polvo al posarse sobre un descampado próximo a la estación de servicio.

CAPÍTULO III

La joven que se sentaba junto al impenetrable conductor, se inclinó a la izquierda y suplicó una vez más:
—¡Por favor, deténgase un poco!
Pero Gizzay ni siquiera giró la cabeza para mirarla. Asía el volante con ambas manos y miraba hacia adelante sin pestañear.
Choney Wilson comenzaba a desesperar.
Había suplicado a aquel hombre, le había explicado que los ancianos que viajaban en el autocar rojo eran personas enfermas, delicadas, que necesitaban constantes cuidados y atenciones.
Había intentado conseguir de aquel hermético individuo que permitiera bajar a los pasajeros, incluso se había ofrecido como rehén.
Pero Kent Gizzay jamas pronunciaba una palabra. Sus hieráticas facciones permanecían inconmovibles.
Y ahora Choney Wilson tenía miedo. Un miedo profundo y terrible, provocado por la actitud impasible de aquel hombre.
La irrupción de Gizzay en el autocar —aquella misma mañana— les había pillado desprevenidos. Ed, la doctora Morris y la propia Choney Wilson se encontraban en aquel momento acomodando a sus ancianos, cuando el vehículo se puso bruscamente en marcha. Fray estuvo a punto de caer al suelo, pero en cuanto se rehizo corrió a lo largo del pasillo central y se abalanzó sobre el intruso.
Gizzay se revolvió como una fiera. De un contundente manotazo; el fugitivo repelió al chófer, que cayó al suelo y se golpeó duramente la cabeza contra la base de los primeros asientos.
Algunos ancianos chillaron e hicieron aspavientos. Absolutamente desconcertadas, la doctora Morris y la asistenta social Wilson acudieron a auxiliar a Edmond Fray, que yacía en el suelo sin conocimiento.

Luego, Choney avanzó y se situó junto al hombre de los cabellos plateados, el cual conducía a velocidad excesiva hacia la salida de la población.

—¿Qué se propone, cómo se atreve...? —exclamó, indignada.

El hombre se volvió y clavó en ella una mirada fría como el hielo.

—No pienso hacerles ningún daño —respondió—. Pero les advierto: será mejor que convenzan a ese hombre de que lo mejor para él será que no intenta nada contra mí. Tráiganle al asiento contiguo, donde yo pueda vigilarle. Y tranquilícense: no va a ocurrirles nada malo.

Choney se mordió los labios. Tras una breve vacilación se decidió a obedecer. Retrocedió, habló unas palabras a oído de la doctora Morris y recorrió las filas de asientos tranquilizando a los pasajeros.

Fray volvió en sí en seguida. Parecía furioso y estaba dispuesto a acometer al intruso, pero Choney le dijo algo a oído y finalmente desistió y se dejó llevar por las dos mujeres al asiento próximo al del conductor.

Poco después, Fray miró al hombre que conducía su autocar. Gizzay le miró tan fría y fijamente, que el chófer se aterró. Detrás de aquellos ojos que tenían el brillo del acero había una clara advertencia.

Pero Edmond Fray era joven e impetuoso. Tenía la sangre demasiado caliente para permitir que alguien abusara de él.

Creyendo que el intruso estaba distraído, abrió el secreter donde se alojaba el radio-teléfono. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Fumó como un energúmeno con el fin de formar una densa humareda que ocultara el movimiento de sus manos a Gizzay. Entretanto, descolgó furtivamente el auricular y pulsó el botón de llamada a la central.

Y en seguida alzó el auricular y habló:

—Aquí ER-00778. ¡Por favor, avisen a la policía! Un loco ha penetrado en nuestro autocar y...

La mano derecha de Gizzay se movió como un relámpago, alcanzando contundentemente en la tráquea a Fray, que produjo un murmullo gorgoteante y cayó pesadamente hacia adelante, de forma que su frente golpeó como una piedra el marco del cristal del parabrisas.

Choney Wilson acudió inmediatamente, sorprendida y angustiada. Viendo que Fray apenas respiraba, a punto de sufrir un colapso respiratorio, llamó a gritos a la doctora Morris.

Por fortuna, diez minutos después lograban reanimar al conductor, cuyas facciones, llenas de sudor, tenían aún un tinte terroso.

Para evitar que los ancianos se alarmasen demasiado, Choney puso música en la radio. Fue hacia las diez y media cuando se interrumpió el programa musical y una voz femenina anunció a través de las ondas:

—Interrumpimos nuestra programación brevemente para informarles que un fugitivo de la penitenciaría de Raff Gardens, llamado Kent Gizzay, consiguió llegar a la ciudad de Bonneville y secuestrar el autocar en que cincuenta ancianos desahuciados, al cargo de dos cuidadoras se disponían a iniciar una gira turística. Kent Gizzay, de cincuenta años, es un criminal peligroso condenado a cadena perpetua por...

Choney desconectó la radio cuando algunas ancianas comenzaron a chillar histéricamente.

—¡Secuestrados, hemos sido secuestrados por un criminal! —gritaban, despavoridas.

Choney se vio obligada a hablarles por el micrófono con el fin de sofocar aquel coro de chillidos, lamentos y exclamaciones asustadas.

Cuando cesaron las voces, Choney miró con recrudecido temor al hombre de cabellos plateados.

—Dios mío —murmuró, angustiada—. ¡Estamos a merced de un criminal, de un condenado a perpetuidad! ¿Qué será lo que pueda ocurrirnos, estando en sus manos?

Contempló a Fray, arrugado en su asiento.

No podrían contar con el chófer, en caso de necesidad. En el semblante de Fray se reflejaba un temor profundo, una clara actitud de resignación.

Mientras, la doctora Morris se esforzaba en aquietar a su grey de ancianos. Repartía palabras de aliento y píldoras sedantes entre los enfermos, iba de acá a allá constantemente, cuando no se retorcía las manos tan nerviosa que daba lástima mirarla.

En cuanto a Kent Gizzay, era un individuo inconmovible. No había movido un solo músculo facial al escuchar las noticias, de la radio y conducía a cien por hora sin pestañear siquiera.

«Tiene toda la apariencia de uno de esos criminales endurecidos y carentes de sentimientos. Una verdadera fiera humana», pensó Choney, horrorizada.

También ella, al igual que la admirable doctora Morris, dedicó toda la atención a los ancianos encomendados a sus cuidados. Prefería mantenerse ocupada en algo antes que dar rienda suelta a sus pensamientos, más sombríos a cada minuto que transcurría.

Sin embargo, no podía reprimir la tentación de dirigir frecuentes y furtivas miradas hacia el hombre de los cabellos plateados.

«Está claro que guarda algún arma de fuego —pensó—, aunque hasta ahora no se haya visto en la necesidad de exhibirla. Pero estoy segura de que va armado. ¿Cómo iba a atreverse a robar un autocar, si no?»

Calculó que Gizzay debía guardar su arma en la bolsa bandolera de skai que mantenía a la mano sobre el piso del vehículo.

Transcurrió una hora.

Los ancianos se quejaban a menudo, unas veces de calor, otras de frío, algunos de la necesidad de evacuar alguna necesidad. En cuanto a esto último, el autocar —propiedad del hospital geriátrico— disponía de un angosto excusado situado en su parte trasera, de modo que de vez en cuando Choney la doctora Morris llevaban hasta allí a alguna anciana acuciada por urgencias físicas.
El secuestrador permitía todos aquellos movimientos sin intervenir para nada. Gracias al espejo frontal situado sobre su cabeza Gizzay podía controlar todo lo que ocurría a su espalda. Y sin embargo se diría que aquel hombre se inhibía de todo lo que no fuese conducir el modernísimo autocar.
Poco después de las dos, Gizzay aminoró la velocidad considerablemente y el vehículo abandonó la autopista y se detuvo en la estación de servicio.
Por una vez, el secuestrador apodado La Esfinge abandonó su hermetismo habitual.
Alargó un brazo, tocó con las yemas de sus dedos el hombro de Fray —que se agitó de un respingo— e indicó:
—Baje y pida que le llenen el depósito de combustible.
—Pero... ¡no es necesario! Tenemos medio depósito aún —protestó Fray, aunque sin violencia.
—Le ruego que haga lo que le he pedido —insistió Gizzay, impenetrable de nuevo:
Fray se puso en pie. Su mirada se cruzó con la de Choney Wilson. En el rostro de la mujer se reflejaba un ruego: «¡Obedezca! Y, por lo que mas quiera, no haga nada que pueda provocar a ese loco.»
Fray tomó un talonario de vales del guantero y descendió.
De una ojeada, advirtió que había unos policías apostados tras un camión, más allá del bar.
Este descubrimiento le animó.
«¡Están ahí, se ocupan de nosotros! E intervendrán cuando llegue el momento», pensó.
Un mozo de la gasolinera vino al encuentro de Fray.
—¿Llenó, señor? —preguntó en voz alta.
Fray asintió con el gesto y abrió la trampilla bajo la cual se ocultaba la boca del depósito de combustible. El mozo introdujo el extremo de la manga y el combustible comenzó a caer en el depósito.
—Escuche —susurró el mozo—. Ellos quieren saber si ese tipo va armado.
—¿Ellos?
—Los policías. Hay una docena por ahí. Están ocultos por todas partes, imagino que esperando la oportunidad de liberarles. Ellos me pidieron que le hiciera esta pregunta: Gizzay ¿está armado?
—No lo sé, aunque es de suponer que sí. Tiene una de esas bolsas

bandoleras junto a sus pies. Imagino que guarda en ella un arma. Pero no puedo asegurarlo.
—Bien —asintió el empleado—. Ellos me han encargado que les comunique lo siguiente: no deben oponerse a las órdenes de ese hombre, ni provocarle de ninguna manera. Es muy peligroso.
Fray se acarició su dolorido cuello. De la peligrosidad de Gizzay sí tenía alguna idea.
—De acuerdo. ¿Algo más?
—Haga todo lo posible porque ese individuo pare a menudo en las estaciones de servicio. Usted es un conductor profesional y sabrá arreglárselas. Tenga en cuenta que habrá policías disfrazados o apostados en todas las gasolineras. Si tiene que enviar algún recado secreto a la policía, dígaselo al primer empleado de gasolinera con el que hable. ¿Ha entendido?
—Perfectamente —respondió Fray.
El depósito rebosó bruscamente, Fray entregó el importe en vales al empleado, dejó caer la trampilla del depósito y dirigió una insegura pero esperanzada ojeada a su alrededor.
—Buen viaje —pronunció el empleado. Y se apartó de él.
Fray subió al vehículo, cerró la puerta y se dejó caer con un suspiro en el asiento contiguo al del conductor.
Gizzay, hermético, no hizo ningún comentario. Puso el motor en marcha y el autocar abandonó la estación, ganó la carretera de servicio y se reincorporó a la autopista.
Pocos minutos después, Fray rebotó sobre su asiento al escuchar el zumbido del radioteléfono.
Miró a Gizzay. Y éste le devolvió una mirada terrible, que Fray comprendió que lo mejor sería no contestar a la llamada.
Todavía siguió zumbando el aparato a lo largo de dos minutos. Hasta que enmudeció. Sólo entonces logró relajarse Edmond Fray.
Los ancianos desahuciados tornaban a quejarse. Necesitaban tomarse un respiro, estirar las piernas, tomar un bocado...
Desesperada, Choney Wilson se acercó nuevamente a Kent Gizzay y suplicó por enésima vez:
—¡Por favor, pare en algún lugar habitado! ¿No comprende que los ancianos no pueden soportar este esfuerzo? ¡Se lo ruego!—insistió, acongojada.
El rostro pétreo se animó un poco.
—No puedo detenerme ahora. Pero pronto encontraremos algún sitio donde hacer alto —pronunció con voz reposada. Y añadió aquella extraña frase—: En realidad, hago todo esto por el bien de esos ancianos.
Choney se separó de él, desesperada.
Ahora ya no le quedaban dudas: Kent Gizzay estaba completamente

loco.
Porque un hombre que estuviera en sus cabales, jamás diría que exponer a morir a unos indefensos ancianos pudiese tomarse como un beneficio para ellos.

CAPÍTULO IV

Todo consistió en tomar un bocado y una cerveza en la cafetería de la estación de servicio de Wheeling.
Inmediatamente, Peter Klondike y sus tres agentes especiales volvieron al helicóptero. El aparato se alzó raudo en el aire y se alejó hacia el Oeste. A los pocos minutos, distinguían el puntito rojo del autocar que conducía el fugado de presidio.
El vehículo seguía rodando por la carretera Setenta en dirección a la populosa ciudad de Columbus (Ohio).
A las cuatro de la tarde, el autocar rojo dejaba atrás Columbus. Su velocidad de crucero no bajaba en ningún momento de ciento veinte kilómetros por hora.
Klondike comenzaba a preocuparse.
Era consciente de que el presidiario tenía en sus manos un vehículo nuevo y potentísimo. Un GMC dotado de doble puente trasero, gran estabilidad y otros adelantos considerables. El autocar que conducía Gizzay podía correr a ciento cincuenta kilómetros por hora sin pisar a fondo el acelerador.
Y aunque el fugitivo parecía un conductor muy experto, las largas horas al volante acabarían fatigándole y mermando sus reflejos. Si continuaba conduciendo sin aflojar la marcha, era muy probable que se descuidara y sufriera un accidente.
Y llevando a cincuenta ancianos a bordo, la probabilidad de un accidente aterraba al SAC Klondike.
De todas formas estaba dispuesto a seguir adelante con su estrategia del desgaste. Llegaría un momento en que Gizzay se vería forzado a bajar la guardia. Y entonces habría llegado el momento de asestarle un golpe contundente y sorpresivo.
Klondike se tranquilizaba un poco, después de saber por el empleado de la gasolinera de Weeling que los pasajeros del autocar rojo no daban muestras de inquietud, lo que venia a significar que Gizzay no había creado una especial tensión nerviosa a bordo del vehículo que conducía.
A lo lejos, precisamente hacia el Oeste, se divisaba un banco de nubes lejanas en el confín del horizonte, aunque el resto del firmamento aparecía absolutamente despejado.
Media hora después, el helicóptero se balanceó bruscamente.

El piloto señaló hacia los nubarrones que ahora estaban mucho más próximos.
—Me temo que dentro de poco va a estallar una tormenta. No me gusta el aspecto de esas nubes: parece que es inminente una de esas tempestades veraniegas —comentó.
Chardum hizo un comentario ininteligible entre dientes. También Thorpe y Williams parecían muy nerviosos.
—No sé por qué —exclamó poco después Ron Williams—. Pero algo me dice que ese tipo va a burlarse de nosotros.
—¿Gizzay? —dijo Klondike.
—¡Quién, si no! Si estalla esa tormenta, tendremos que descender y perderemos de vista al autocar
—No tiene importancia. Le siguen varios autopatrullas y hay vehículos oficiales apostados en cada cruce. No podrá escapar —aseguró Klondike.
Pero los hechos darían la razón al intuitivo Williams. Porque, de repente, empezaron a soplar vientos racheados que agitaron al helicóptero peligrosamente.
—Lo siento, señor Klondike, pero es preciso que descendamos. Si seguimos volando, es muy probable que nos estrellemos contra el suelo —advirtió el piloto—. Por otra parte, estamos agotando el combustible. Además, dentro de unos minutos la nubosidad nos impedirá seguir al autocar desde las alturas.
Klondike maldijo entre dientes.
—Está bien; haga lo que deba hacer —indicó el piloto.
Y envió un mensaje urgente a las fuerzas policiales de tierra.
—¡Atención, atención! Nos vemos obligados a interrumpir el seguimiento desde el aire. A partir de este momento, todas las unidades de tierra deberán aumentar su esfuerzo para no perder de vista al autocar rojo. Les habla el SAC Klondike. Seguiré en contacto con todas las unidades desde tierra. Comuniquen cualquier novedad que se produzca.
El helicóptero tomó tierra en Dayton. Antes de que al aparato se posase en el campo de deportes de la Universidad, varias unidades móviles de la policía aguardaban en las proximidades, de forma que Klondike y sus agentes bajaron del helicóptero y corrieron hacia uno de los radiopatrullas, que se puso en marcha en seguida y volvió velozmente a la carretera Setenta.
Apenas habían recorrido tres kilómetros hacia el Oeste y tomaban acceso a la Carretera Setenta y Cinco, cuando el radiotransmisor instalado en el coche comenzó a destellar.
Un policía explicaba muy excitado que uno de los autopa-trullas que seguían el autocar rojo había volcado al tomar una curva a excesiva velocidad.

—En cuanto a nosotros, señor, creo que hemos perdido de vista ese maldito autocar rojo —añadió el hombre—. Está lloviendo a cántaros. Un verdadero diluvio, señor, que no nos permite pisar el acelerador. Tenemos delante de nosotros una recta de dos kilómetros y no se distingue el vehículo que seguimos. ¡Ojalá lo encontremos más adelante!

Por desgracia, no fue así. Los vehículos radiopatrullas llegaron a Cincinnati y el autocar rojo no apareció.

Por lo demás, la tormenta y la lluvia copiosa sólo duraron unos tres cuartos de hora. A las cinco de la tarde, varios helicópteros de la policía se elevaron y patrullaron un área de centenares de kilómetros cuadrados entre Dayton, Cincinnati y Covington. Pero el autocar rojo del hospital geriátrico de Bonneville (Pennsylvania) no fue avistado.

Gizzay había aminorado la marcha cuando empezó el aguacero. El velocímetro cayó de los ciento veinte a los ochenta e incluso a sesenta, de forma que la doctora Morris llegó a ver los dos radiopatrullas que les seguían a discreta distancia.

También Gizzay había visto los coches de la policía, pero tal hecho no parecía restarle tranquilidad e indiferencia.

Sin embargo, permanecía absolutamente atento a la carretera, tanto al tramo que veía delante como detrás.

Tomó muy abierta una curva a la izquierda con una pendiente considerable. A través del retrovisor exterior, vio cómo el radiopatrulla que le seguía patinaba aparatosamente y volcaba.

Aceleró a fondo, redujo y siguió acelerando. El autocar escaló la cuesta como una flecha y comenzó a descender a velocidad progresiva.

En un tramo de carretera difícil, de firme más estrecho y con numerosas curvas y pendientes. Aquella zona de montes estaba poblada por densos bosques de pinos a izquierda y derecha.

La lluvia era tan intensa que la visibilidad real no llegaba a los cincuenta metros. Sin embargo, Gizzay mantenía un promedio de velocidad de noventa-cien kilómetros por hora. Cuando el vehículo se aproximaba a una curva, reducía a otra marcha y frenaba suavemente, para acelerar en mitad de la vuelta y partir como una exhalación hacia adelante.

Había encendido las luces de cruce y miraba constantemente hacia atrás, sobre todo cuando alcanzó aquella recta descendente de unos dos kilómetros de longitud. Entonces apretó a fondo el acelerador. A su espalda no se veía brillar luz alguna.

Los ancianos viajaban silenciosos, encogidos en sus asientos. Incluso la doctora Morris había optado por sentarse. La única que permanecía en pie era la animosa e incansable Choney Morris.

De improviso, el autocar dio un violento bandazo a la derecha y

algunas ancianas chillaron aterrorizadas, pues verdaderamente parecía que el vuelco era inminente. Al mismo tiempo, todos se sintieron impulsados hacia adelante.
Choney Wilson no tuvo tiempo de asirse a un respaldo y cayó violentamente y rodó sobre el piso del vehículo.
Al cabo de unos segundos, el autocar se estabilizó.
Choney se puso en pie, restregándose su dolorida espalda.
Advirtió que el autocar había abandonado la autopista y corría por un camino muy estrecho. Tanto que las ramas de los pinos fustigaban constantemente los costados del vehículo.
El piso debía ser muy irregular, pues a pesar de la magnífica suspensión de aquel autocar de lujo, el automóvil rebotaba y saltaba constantemente.
Angustiada, Choney caminó hacia adelante y miró a través del cristal, cruzado constantemente por las rápidas escobillas limpiadoras.
«Parece... ¡una vía férrea en desuso!», pensó.
Desde luego, no había raíles ni traviesas, pero era visible la almendrilla que en otros tiempos había soportado una vía férrea. Por lo demás, a tramos, se veían los yerbajos y matorrales que crecían sobre la antigua vía.
Fuera de sí ya, Choney se abalanzó sobre el respaldo del conductor.
—¿Quiere decirme de una maldita vez adonde nos lleva? —exclamó, tan tensa como un cable de acero del Golden Gate.
Gizzay se volvió y la miró.
—A un lugar donde estaremos perfectamente tranquilos —respondió calmosamente.
Choney se apartó tambaleante.
—¡Maldito! —murmuró en voz baja—. ¡Maldito y entrometido loco!
Seguía lloviendo sin cesar. La cortina de agua que caía era tan densa, que aunque apenas eran las cuatro y media de una tarde de verano la visibilidad podía compararse a un anochecer del mes de diciembre.
Choney dirigió a Fray una ansiosa mirada.
Necesitaba su ayuda y su aliento. Personalmente, no simpatizaba demasiado con el chófer del autocar. Ed Fray era excesivamente puntilloso e impaciente, demasiado independiente a la hora de cumplir con su cometido, lo que les había llevado a enfrentarse abiertamente en otras ocasiones.
Pero ahora... ¡ahora Choney Wilson se hubiera agarrado a Fray como a una tabla de salvación en pleno naufragio!
El chófer, por desgracia, permanecía hundido en su asiento con los brazos cruzados, en una actitud tan pasiva y temerosa, que Choney se sintió desvalida y desgraciada.
«¡Dios mío! —pensó—. ¡Pensar que mis pobres viejos han ido a parar a manos de un lunático, de un criminal que nos lleva sabe Dios a qué

desgraciado final..!»
La anciana señora Warddigan se quejaba lastimeramente y Choney se vio obligada a dejar sus íntimos lamentos para acudir a su auxilio.
La señora Warddigan se ahogaba, parecía a punto de morir. Desesperadamente, Choney llamó a la doctora Morris que tomó el pulso a la vieja dama y la auscultó.
—Está muy mal —susurró la doctora—. Estas emociones han fatigado su viejo corazón. Tiene ciento cincuenta pulsaciones por minuto. ¡Su corazón va a estallar!
Preparó inmediatamente una inyección, mientras Choney contenía las lágrimas de frustración y de desesperanza.
La señora Warddigan exhaló un penetrante chillido al sentir el pinchazo en su brazo izquierdo.
Inmediatamente se desvaneció.
La doctora Morris aplicó su fonendoscopio sobre el exiguo pecho de la dama, mientras Choney la sostenía por la cintura para evitar que perdiera el equilibrio, pues el autocar seguía sin detenerse en su endiablada marcha.
La palidez se extendió por el rostro de la doctora Morris.
—¿Qué? —exclamó Choney, llena de ansiedad.
—¡Dios nos asista! Creo que ha muerto. Al menos, no puedo oír los latidos de su corazón.
Choney se agitó en un sollozo.
—¡No es posible! La pobre señora Warddigan no...
Su voz se quebró.
De repente, se hizo la oscuridad.
Los ancianos chillaron y despotricaron en las tinieblas. En aquel momento, el autocar se detuvo suavemente hasta quedar absolutamente inmóvil.
Luego fulgieron las luces interiores del vehículo.
Kent Gizzay se incorporó en su asiento.
—¡Asesino!
El chillido femenino correspondía a Choney Wilson, que contemplaba al extraño individuo de los cabellos plateados con profunda aversión.
—Usted la ha matado, Gizzay. ¡Maldito sea! —repitió Choney, temblorosa.
Gizzay parpadeó.
—¿Muerta? ¿Quién?
Henriette Morris señaló el cuerpo desmadejado de Helen Warddigan. Las arrugadas facciones de la vieja dama tenían el color de la cera.
—Es la señora Warddigan —pronunció Henriette con un susurro de pesar—. Tenía una malformación congénita del corazón, pero consiguió vivir sesenta y ocho años, tras sufrir docenas de peligrosas intervenciones quirúrgicas. No podía ser operada de nuevo, debido a

su fragilidad y edad. La señora Warddigan no podía sufrir emociones fuertes. Por eso Choney tiene razón: usted la ha matado. Si no hubiera tenido la desgraciada idea de apoderarse de este autocar, nosotros hubiéramos cuidado a esta mujer adecuadamente, preservándola de emociones, que no convenían a su débil corazón. ¿Comprende ahora, señor? —pronunció acusadoramente la doctora.

CAPÍTULO V

Gizzay ni siquiera parpadeó.
Avanzó dos pasos al fondo del vehículo y algunas ancianas se encogieron en sus asientos, despavoridas.
La señora Benett lanzó un chillido inarticulado.
—¡Miren los ojos de ese hombre! —gritó, histérica—. ¡En sus ojos brilla el mal! ¡Es la mirada del Diablo!
Choney tragó saliva. La señora Benett tenía razón: en los ojos del presidiario había un brillo nacarado con relumbres rojizos.
—Parece la suprema encarnación del Mal —tembló la joven.
Gizzay se había detenido. Por primera vez, parecía desconcertado, absolutamente perplejo.
—Cálmense —pidió sin alzar la voz.
Los chillidos, siseos y voces cesaron súbitamente.
—Por favor, mírenme todos —pidió con voz susurrante y convincente.
No era necesario que pidiera tal cosa. En realidad, todos le contemplaban con horror, hipnóticamente fijos en aquellos extraños ojos grises en cuyos iris bailaban unas chispitas rojas.
—Nada tienen que temer, están a salvo —susurró Gizzay. Y alzó ambas manos; que movió rítmicamente con los dedos extendidos.
La doctora Morris se dejó caer, silenciosamente en un asiento libre. También ella miraba fijamente a los ojos del criminal escapado de Raff Gardens.
—Ha llegado el momento de qué descansen tranquilamente. ¡Descansen, descansen, descansen...! —sugirió Kent Gizzay.
La propia Choney Wilson notó que los párpados le pesaban como el plomo. Hizo un esfuerzo por sacudir la modorra que se estaba apoderando de ella, sacudió con fuerza la cabeza y apartó la mirada de los subyugantes ojos de Gizzay.
—Sé que sus músculos empiezan a aflojarse, que sus párpados se cierran, que ansían abandonarse al descanso, al sueño —decía el fugitivo con voz monótona aunque imperativa.
Choney volvió la cabeza.
¡Era increíble...!
Estaba sucediendo exactamente lo que Gizzay sugería: los párpados de

los ancianos y ancianas se cerraban, sus cabezas se doblaban, lánguidas, sobre el pecho, sus respiraciones se serenaban y todo en su actitud demostraba que caían presurosamente en un sueno profundo y reparador.
Pero no sólo eran aquellos débiles ancianos. También la animosa doctora Morris comenzaba a cabecear hasta que bruscamente su mentón se hundió en el pecho y los brazos pendieron fláccidamente a lo largo del cuerpo.
—Duerman, duerman, abandonen toda preocupación, descansen...
Choney exhaló un chillido penetrante que resonó de forma extraña en el interior del autocar.
Sin embargo, nadie —excepto el enigmático y temible Gizzay— pareció escuchar aquel alarido.
Choney dio unos pasos, se volvió en derredor, contempló incrédula a aquellas cincuenta y dos personas profundamente dormidas. (También Edmond Fray sumergido en un sueño profundo y pesado.)
—¿Qué es lo que ha hecho? ¿Por qué...? —murmuró despavorida, volviéndose fugazmente al fugitivo, aunque evitando decidida y temerosamente mirarle a los ojos.
—Usted dijo que estas personas necesitan descanso —pronunció Gizzay—. Yo acabo de proporcionárselo. También usted necesita descansar, pero se ha resistido tozudamente a dormir. ¿Por qué?
Los labios de Choney temblaron.
No quería confesar que si se había resistido al sueño era sencillamente porque experimentaba un horror profundo e indefinible.
—No..., no estoy cansada —murmuró.
Y apartó la mirada, pues él la taladraba con sus ojos grises como si quisiera penetrar hasta el más íntimo de sus pensamientos.
—Como quiera —dijo Gizzay—. Pero sería mejor que descansara. Tendremos que afrontar un largo viaje.
¡Un largo viaje...!
¿Qué se proponía aquel loco, exactamente? Choney ardía en deseos de preguntárselo, pero el miedo cerró sus labios.
Gizzay retrocedió hacia la parte delantera del autocar e hizo una petición increíble.
—¿Puede darme algo de comer?
Choney palideció.
—¡Dios mío! ¿Hasta dónde llega su insensibilidad, Gizzay? —dijo.
—¿Qué quiere decir? —preguntó él, desconcertado.
—No sé cómo lo ha logrado, pero es cierto que ha conseguido dormir a estos pobres ancianos indefensos. Usted, sin embargo, parece indiferente al hecho de que la señora Warddigan ha muerto por su causa. ¿No siente el menor remordimiento de conciencia al saber que la pobre señora ha muerto por su culpa? —clamó Choney, entre

temerosa y despechada.
Una leve sonrisa se expandió en el rostro atezado de Kent Gizzay.
—La señora Warddigan no está muerta —declaró.
Al oír la ahogada exclamación de Choney, añadió:
—La señora Warddigan sólo está apaciblemente dormida. Si no me cree, vaya y compruébelo.
—¡Está loco! Yo misma tomé su pulso. Había dejado de latir y su cuerpo desmadejado comenzaba a tomar la rigidez de la muerte.
—Se equivocó. Usted y la doctora Morris se han equivocado. Tomaron por muerte lo que no era sino un leve desvanecimiento. ¿Quiere que despierte a la señora Warddigan? —sugirió el presidiario.
Choney se irguió rígidamente.
—¡Nooo! —chilló—. ¡No se acerque a ella, no la toque Aunque tenga que exponer mi vida, no permitiré que profane el cadáver de esa pobre y desdichada anciana.
Gizzay retrocedió un paso y quedó inmóvil, con los brazos caídos inermes a lo largo de su bien proporcionado cuerpo.
—De acuerdo. Haga lo que quiera. Pero, por favor, déme algo de comer. Llevo casi… casi cuarenta y ocho horas sin ingerir alimentos —insistió.
Choney vaciló.
«Es un cínico, un criminal empedernido, un hombre sin sentimientos, una fiera. Pero me interesa llevarle la corriente si quiero salvar a estos pobres ancianos», pensó..
Luego dio media vuelta, fue al fondo del vehículo y abrió el pequeño office situado enfrente del servicio. Sacó un tarro de víveres y una botella de cerveza, todo lo cual depositó sobre un asiento vacío al alcance de Gizzay.
El hombre la miró un momento. Luego tomó las viandas y retrocedió hacia el asiento del conductor. Se acomodó e inmediatamente se puso a comer con gran voracidad. Pero en ningún momento pareció atraído por la botella de cerveza de medio litro.
Choney no le perdía de vista. Y escuchó su insólita petición:
—Agua, por favor.
¿Agua?
Por regla general, los delincuentes, los presidiarios prefieren beber bebidas alcohólicas. Pero Kent Gizzay no. Lo había pedido con mucha claridad: «Agua, por favor», y finalmente Choney se apresuró a servirle.
Dejó una botella de agua mineral al alcance de su mano. Luego, convencida de que al fugitivo de Raff Gardens sólo le interesaba comer —por el momento—, dejó que su desolada mirada vagase errante a lo largo del autocar.
Las cabezas de los ancianos desahuciados caían patéticamente sobre

los fláccidos pechos. Oyó las respiraciones quedas, pero tranquilas, y también Choney se serenó un tanto.
No podía materialmente con su cuerpo. ¡Tantas horas de fatiga y tensión…! Pero estaba dispuesta a aguantar hasta donde fuera.
Vigilante y celosa de su deber, la joven se detuvo junto a la infeliz señora Warddigam. En un gesto instintivo, pleno de ternura y compasión, acarició el rostro de la anciana. Y retiró vivamente la mano.
Le había parecido percibir una suave respiración sobre sus dedos.
Incrédula, se inclinó y acercó su oreja derecha a la nariz le la anciana. Dio una respiración suave, pero profunda y regular. ¡Y las facciones de la señora Warddigam tenían calor, vida…!
Asustada, retrocedió dos pasos.
Miró a Kent Gizzay, que ocupaba su asiento del conductor devorando los alimentos sin glotonería, pero con evidente urgencia.
«La señora Warddigam no está muerta —había dicho el secuestrador —. Sólo está apaciblemente dormida…»
Y cuando Choney prorrumpió en protestas, en excitadas acusaciones, Gizzay había pronunciado serenamente: «Usted y la doctora Morris se han equivocado. Tomaron por muerte lo que no era sino un leve desvanecimiento…»
Choney tomó con delicadeza la fina muñeca izquierda de la señora Warddigam y contó mentalmente las pulsaciones en cuanto percibió el latido.
¡Inconcebible! Setenta pulsaciones. El pulso normal de una persona saludable y llena de vitalidad.
Pero…
Choney no se había equivocado nunca. En el hospital geriátrico había asistido muchas veces a la lenta agonía de los ancianos. Había vivido intensamente cada segundo, cada instante del tránsito agónico de los pacientes. Y conocía perfectamente los síntomas de la muerte.
Pero no se trataba únicamente de sus propias percepciones: la doctora Morris lo había dicho tajantemente: la señora Warddigam había muerto, víctima de un fallo cardíaco.
Por un momento, creyó ser víctima de un delirio onírico. Pero su mano derecha continuaba palpando la muñeca de la anciana y el pulso latía rítmica y seguramente.
Choney hinchó su pecho de aire. Y dirigió una mirada hacia Gizzay, que le daba la espalda sin adoptar la menor precaución. Asombro, desconfianza, un poco de miedo, admiración… todo esto reflejaba la expresión de Choney Wilson.
—Duerma —dijo él, como si tuviera ojos en la nuca— Está al borde de sus fuerzas. Dentro de un momento se derrumbará. No tiene nada que temer.

Se le aflojaron las rodillas, tuvo que soltar la mano de la señora Warddigam y apoyarse en un respaldo. Pero se irguió fieramente, dispuesta a seguir protegiendo a sus desvalidos ancianos.
Respiró profundamente, controlando el tiempo e intensidad de sus inhalaciones... Y luego recorrió despacio las filas de asientos y comprobó que sus queridos viejos dormían apaciblemente, sin mayores problemas.
La irascible señora Benett, el señor Quayle, la señorita Perdy, la señora Bord, el viejo Mike Kiltran, la señorita...
Se detuvo un momento al final del vehículo y se apoyó un momento en el respaldo de su asiento, desfallecida.
Un momento después caía lentamente sobre el mullido tapizado y dormía profundamente.

CAPÍTULO VI

Su despertar fue brusco y doloroso.
Le dolía todo el cuerpo, sentía los nervios tensos y todo su ser exhausto y lastimosamente débil, pero despertó.
Las luces del techo iluminaban suavemente el interior del autocar. Pero Gizzay no ocupaba su asiento.
A Choney sólo le importaban sus ancianos. Y la doctora Morris. Y Fray, el conductor, naturalmente. Por eso su subconsciente le había despertado en mitad del sueño profundo, del merecido descanso.
¿Gizzay?
Choney dirigió una desconfiada mirada a su alrededor. En todo lo que abarcaba su vista, no pudo distinguir la silueta atlética y proporcionada del peligroso fugitivo de Raff Gardens.
«Se ha marchado», pensó. Y lo deseó fervientemente. ¿Qué mejor solución que aquélla? Gizzay había reemprendido su azarosa fuga en solitario.
Se incorporó despacio. A Choney le dolían las plantas de los pies y las articulaciones. No había comido nada desde primeras horas de la mañana —apenas un par de tazas de café, bebidas apresuradamente por la urgencia del momento— y llevaba muchas horas sin descansar. Tenía un desgaste nervioso y emocional considerable, pero todo ello carecía de importancia si la pesadilla había terminado al fin.
Avanzó unos pasos, indecisa y temerosa. ¿Quizá Gizzay había bajado del autocar y estaba acechándola en la densa oscuridad exterior?
La puerta del lado del conductor estaba entreabierta. ¡Gizzay se había marchado, finalmente...!
Paso a paso, descendió. Sus pies, calzados con zapatos cómodos, tantearon el irregular suelo de almendrilla.

Se retiró unos pasos, trató de adaptar su visión a la penumbra del túnel. No oyó ningún sonido anormal: ni una respiración, ni el crujido de unos pasos cautelosos. Nada.
Se alejó un poco más, esperanzada.
Sus labios estaban a punto de entonar entre dientes una cancioncilla de triunfo. ¡El criminal se había marchado, les había dejado solos! Tanto mejor.
Volvió aprisa al autocar y zarandeó al conductor, que dormía pesadamente con el busto inclinado hacia adelante y el rostro reposando sobre ambos brazos cruzados sobre el secreter donde se alojaba el radioteléfono.
Fray no respondía. Estaba vivo, ciertamente, pero su sueño era tan profundo, que ni siquiera abrió los ojos. Y Choney comenzó a desesperarse.
Sus ojos extraviados contemplaron el panel de instrumentos situado ante el asiento del conductor.
Choney era una experta conductora... de automóviles. Naturalmente jamás había conducido un vehículo tan enorme como el autocar rojo.
Pero al fin de cuentas... ¿qué más daba? El GMC rojo montaba un motor de explosión de quinientos caballos. Estaba dotado de servodirección, de modo que utilizar las velocidades venía a ser un juego de niños, pues la palanca de cambios se podía manejar con un solo dedo. Y Choney Wilson estaba dispuesta a todo por salvar a sus cincuenta ancianos del hospital geriátrico de Bonneville.
Se dejó caer con cautela en el asiento del conductor, accionó el pedal del embrague, el freno... Le costaba llegar hasta los pedales, pero todo sería cuestión de sentarse al borde del asiento.
Las llaves estaban en la cerradura del contacto. Pisó con precaución el embrague, contuvo el aliento y dio al encendido. Su rostro aniñado reflejó una profunda decepción. Nada. No se oía el motor de arranque, ni el zumbido del motor.
Volvió a intentarlo, pero en seguida se convenció de que era inútil.
«Debí sospecharlo —se mordió los labios, rabiosa—. Ese canalla debió hurgar en el motor, antes de marcharse. Pretende mantenernos aquí durante unas horas, de modo que disponga de tiempo suficiente para alejarse. Pero Fray...»
Abandonó el asiento y tornó a zarandear violentamente a Ed. Al cabo de unos minutos de inútil insistencia, dejó que el cuerpo de Fray reposase fláccidamente sobre el asiento delantero. Choney rompió en un sollozo entrecortado. Un gemido de frustración de rabia, de impotencia.
Sin embargo, cortó en seco sus lágrimas e irguió voluntariosamente la barbilla.
¡El radioteléfono...!

Tiró de la tapa del secreter y descolgó el auricular. Ya estaba marcando apresuradamente una cifra en el disco, cuando escuchó aquella tranquila voz a su espalda:

—Déjelo ahora. Dentro de poco, podrá utilizar ese aparato cuantas veces quiera.

Se volvió de un respingo. El aparato se le fue de las manos y cayó sobre el piso alfombrado del autocar.

En la puerta estaba Kent Gizzay. La miraba con fijeza, pero sin acritud.

Pero Choney se dejó caer lentamente hasta que sus rodillas tocaron el suelo.

«¡Dios mío, todo ha sido inútil! Y pensar que por unos instantes abrigué la esperanza de que él nos hubiera dejado en paz...»

Gizzay la tomó por una mano y ella se dejó llevar, sin fuerzas.

La dejó sentada en la última hilera de asientos, muy cerca de la dormida señora Morris y le habló sin aspereza, casi con dulzura. ¡Y qué convincente era el acento de aquel hombre!

—Tranquilícese. Ya le he dicho que no tiene nada que temer. Sé que se siente mortalmente cansada. Sólo necesita un prolongado y reparador descanso. Para ello, sólo tiene que abandonarse y dormir. Dormir profundamente. Mañana, al amanecer, se sentirá totalmente recuperada, llena de vigor y de esperanza. Pero para conseguirlo, tiene que dormir. Deje que caigan sus párpados, afloje sus músculos, goce del descanso. Así. Muy bien. Duerma, duerma...

Irremisiblemente, Choney Wilson se desmadejó y se abandonó a un sueño profundo y total.

* * *

Aquélla fue una de las peores noches que vivió Peter Klondike. Y la vivió verdaderamente, pues apenas pudo descabezar un intranquilo sueño de un par de horas, ya al filo del amanecer.

Desde que su helicóptero descendiera en Dayton, Klondike había tenido que enfrentarse a toda suerte de adversidades.

«Las circunstancias favorecen a Gizzay, por el momento —trataba de apaciguarse a sí mismo—. Pero mañana...»

A las seis de la tarde, Klondike instaló su cuartel general de operaciones en la sala de actos situada en un edificio anexo a las instalaciones policiales de Dayton.

Inmediatamente, sus tres ayudantes comenzaron a enviar mensajes de radio a las localidades más próximas al punto donde los autopatrulleros habían perdido el autocar rojo. Fueron dictadas instrucciones rigurosas: todos los policías de la zona deberían controlar las vías, ferrocarriles, aeropuertos y puertos fluviales

próximos. Varias fotografías del autocar rojo e incluso de Kent Gizzay fueron transmitidas por télex a las comisarías.
Mientras tomaba apresuradamente un bocado, Klondike aguardaba expectante una comunicación esperanzadora, una noticia. Cierto que todas las autoridades estaban alerta y varios helicópteros rastrillaban concienzudamente la sierra. También había policías a caballo y unidades especializadas guiadas por perros sabuesos. Gizzay y el autocar no podían haberse evaporado en el aire. Más tarde o más temprano, habría una huella, un dato, algo que llevase a conseguir la situación del vehículo que buscaban afanosamente. Pero...
En seguida comenzaron a producirse llamadas telefónicas, la mayor parte de las cuales procedían de Washington. La primera era nada menos que del todopoderoso director de la Oficina Federal de Investigaciones.
—Klondike, usted es un policía experimentado en este tipo de situaciones. ¡Resuélvala! Cuanto antes —fueron las palabras del director del FBI.
Y luego el gobernador del estado de Ohio, y el secretario personal del presidente. Y...
Todos exigían resultados, soluciones inmediatas, urgentes. Pero Klondike y sus ayudantes, y los miles de policías que esa noche permanecían en vela, no eran cerebros electrónicos, entes infalibles, sino simplemente personas dedicadas en cuerpo y alma a su misión de salvar la vida de cincuenta y dos ancianos desahuciados y otras tres personas al servicio de los pacientes del hospital geriátrico de Bonneville.
Por fortuna, si Peter Klondike poseía una virtud especial era la de la paciencia y la serenidad. Por supuesto que las órdenes, indicaciones, ruegos y exigencias que le llegaban constantemente atentaban contra su sentido del equilibrio emocional. Pero a pesar de todo Klondike seguía dominándose a sí mismo.
A las ocho de la noche hizo una llamada telefónica al gobernador del estado y le pidió que pusiera a su disposición fuerzas de la Guardia Nacional, que colaborarían directamente con la policía federal y estatal. Ted Riverman, el gobernador, accedió.
Por lo demás, nada quedaba que hacer, sino seguir trabajando sin descanso. Klondike disponía de todos los canales de radio policiales. A las nueve de la noche, impartió instrucciones concretas: disparar a matar contra Kent Gizzay, siempre que ello no pusiera en peligro la vida de los ocupantes del autocar rojo.
Llamó seguidamente a la televisión y pidió prudencia y serenidad a los boletines informativos. Nada de alarmar a la población, nada de exageraciones. Ponderación, calma, sentido común. Y colaboración.
Obtuvo esto y todo lo que pidió. Pero a las doce de la noche, todos los

mensajes que llegaban a la central de operaciones en Dayton sólo incluían dos palabras: «Sin novedad.»
Muy próxima la una de la madrugada, Klondike recibió una llamada de su esposa desde un punto del estado de Pennsylvania. Ethel, su mujer, parecía muy angustiada, pero disimulaba su agitación discretamente.
—No temas, todo va bien. Besa a los niños. Por cierto, Pete tiene que ir al gimnasio por la mañana, Ethel. No quiero que descuide su formación física. ¡Está tan delgado!
Colgó poco después y siguió dedicado minuto tras minuto al trabajo que le había sido encomendado. Alrededor suyo, sus tres fervientes agentes, se movían llenos de impaciencia.
—Podríamos... —murmuró Chardum.
—¿Qué? —Klondike le miraba de reojo.
—¡Nada! —gruñó el joven agente dominado por la rabia y la frustración.
Por supuesto que Klondike comprendía a sus muchachos.
Era lógico que sus nervios estuvieran tensos, como consecuencia de su impotencia actual.
Pidió café. Iba a necesitar litros de café aquella noche para mantenerse despierto. Pero esto no era nada nuevo para un policía.
Bebió el café lentamente. A su alrededor, bullían dos docenas de policías. Unas atendían la potente emisora de radio, otros operaban en el télex, algunos atendían la central de teléfonos instalada en la sala de conferencias a últimas horas de la tarde... Finalmente, otros aguardaban instrucciones y unos pocos se movían desordenadamente de un extremo a otro de la espaciosa sala.
Klondike cayó en la abstracción. Una frase comenzó a martillear en su cerebro. Estaba relacionada con la conversación que aquella misma mañana había mantenido con Mike Gould, director de la penitenciaria de Raff Gardens.
Frases inconexas, pero que ahora adquirían un sentido concreto:
«Gizzay se mostró siempre como un tipo huraño, difícil de tratar, extraño...».
«Su rebeldía fue el motivo de que los funcionarios le tratasen con mano dura.»
«Pedía un libro y lo devolvía a los pocos minutos. Broke se desesperaba...»
«Luego se convirtió en un ser más tratable. Sólo pretendía obtener permiso para frecuentar la biblioteca... Cuando hubo consultado unos 5.000 volúmenes, perdió todo el interés...»
«Gizzay aseguraba que él era inocente de los crímenes que se le imputaban.»
«Afirmó que él no era de este mundo, sino que procedía de otro

distinto, remoto...»
Klondike dejó escapar una risita incontrolada.
«Gizzay. ¿Un extraterrestre?», murmuró para sí, estupefacto.
Alejó aquella idea de su mente. Klondike tenía los pies sobre la tierra. No era un policía rígido, brutal, violento. En justicia, podría definírsele como persona muy sensible y humanitaria, pero cumplía con su deber al pie de la letra. Y su profesionalidad le prohibía divagar sobre algo tan absurdo como la idea de los extraterrestres.
Gizzay era un hombre extraño, cierto. Un hombre con recursos, inteligente, resistente, cauto, astuto. Pero hay muchos locos que también son sumamente inteligentes y escurridizos.
A la una veinte de la madrugada, Klondike se puso al habla con los Servicios Cartográficos del Ejército, con sede en Washington. Expuso su problema: tenía a su disposición una colección de mapas muy completa, pero algunos de ellos no estaban actualizados. Necesitaba mapas de una región en particular, puestos al día, y con todos los detalles exigibles.
De Washington le contestaron positivamente: transmitirían a través del télex una serie de mapas que sólo estaban en poder de la secretaría de presidencia.
Cuando Klondike obtuvo lo que necesitaba, comenzó a estudiar exhaustivamente aquellas cartas geográficas. Chardum, Williams y Thorpe se volcaron sobre su mesa y le ayudaron eficazmente.
A las cuatro de la madrugada, Klondike y sus agentes habían marcado en el mapa una zona muy delimitada: Precisamente aquella en la que aparecía el trazado de la antigua vía férrea que utilizaba un túnel de 1.500 metros para atravesar la sierra.
Pero a aquella misma hora...

CAPÍTULO VII

Gizzay puso en marcha el motor y el autocar rojo»avanzó despacio, túnel adelante. Detrás de él, sus cincuenta y tres forzados pasajeros dormían profundamente.
Durante ciento veinte minutos, Gizzay condujo a pequeña velocidad sobre la almendrilla del antiguo trazado de la vía férrea. El vehículo trepidaba lentamente sobre tan irregular camino, pero los pasajeros descansaban, insensibles a tales incomodidades.
Amaneció al fin, cuando Gizzay abandonó la vía férrea y siguió rodando sobre un rastrojo hasta alcanzar un camino forestal. El espeso bosque de coníferas se tragó el autocar rojo.
Por lo demás, la humedad reinante en aquella zona montañosa creó abundantes y bajos bancos de niebla en cuanto el sol comenzó a

calentar la superficie terrestre. Los estratos de escasa altura protegían eficazmente el desplazamiento del vehículo, impidiendo que fuera avistado desde el aire.

Hacia las once de la mañana, Gizzay hizo un alto. El lugar elegido era un rincón de una belleza poco común: un regato cruzaba una explanada al bordo del camino forestal. El sol, dorado y potente, enviaba sus rayos a través de las copas de los pinos. La luz, cernida, arrancaba de la pradera fulgores esmeraldinos.

Gizzay esperó unos minutos. Pronto, los pasajeros comenzaron a rebullir en sus asientos. También despertó Choney Wilson. Su despertar fue leve, descansado y jubiloso. No se sentía fatigada en absoluto. Por el contrario, notaba que sus músculos y su mente habían recuperado una fuerza nueva. Incluso se sintió infantilmente excitada.

Pero ¿cómo era posible? Gizzay continuaba al volante, imperturbable. Los ancianos parloteaban como niños y algunos de ellos se asomaban a las ventanillas, contemplaban el regato cristalino, el bosque, la fulgente pradera...

Choney se puso en pie de un brinco y fue a ver a la señora Warddigan.

—Buenos días, querida Choney —la saludó la anciana sonriente—. ¿En qué lugar hemos pasado la noche? Debí de disfrutar de una cama muy confortable, aunque no recuerdo nada. Lo único que me importa es que me siento descansada, feliz, como si alguien me hubiese infundido un chorro de vida. ¡Mire, mire las aguas de ese riachuelo! ¿No le parece un lugar delicioso?

También Ed Fray había despertado. Sentado en el asiento delantero próximo al de Kent Gizzay, se frotaba los párpados furiosamente. En su rostro atazado se reflejaba el desconcierto. De reojo, contemplaba a Gizzay furtivamente. No había en su expresión recelo, sino admiración.

Choney avanzó por el pasillo y se detuvo junto a Gizzay. El hombre giró el cuello y la miró fijamente.

En aquel momento, un pensamiento absurdo pasó por la mente de Choney. «Es un nombre verdaderamente atractivo. Lástima que...»

Con un esfuerzo, logró endurecer sus facciones.

—De una vez por todas, Gizzay... ¿qué hacemos en este lugar? Y, finalmente, ¿qué es lo que se propone? Escúcheme, se lo ruego: si pretendía escudarse en nosotros para proteger su fuga, ya lo ha conseguido. Es evidente que usted tenía muy bien organizado su plan. Ha conseguido burlar a miles de policías. Si queda un ápice de humanidad en usted, debe considerar que estos ancianos necesitan cuidados especiales... Lo mejor sería que usted se marchase. Si quiere, llévese el autocar y déjenos aquí mismo. Nosotros nos las arreglaremos para obtener ayuda —invocó con lágrimas en los ojos.

La respuesta de Gizzay sólo sirvió para desconcertarla:

—¿Con cuántos víveres cuentan?
—Apenas con los suficientes para un par de almuerzos.
—¿Mesas plegables, sillas? —insistió el fugitivo de Raff Gardens.
—Sí, pero...
—Dígale a Fray que la ayude a bajar todo eso, las sillas, mesas, la comida, el botiquín portátil, todo —sugirió Gizzay.
Choney tardó en reaccionar. ¿Significaba eso que el presidiario se disponía a partir solo en el autocar? Tragó saliva con dificultad, pero asintió vivamente y cambió una mirada rápida con Fray.
Cuando retrocedió hacia el fondo del vehículo, la doctora Morris auscultaba, llena de incredulidad, a la parlanchina señora Warddigan.
—Choney, ¡no es posible! Anoche, la señora Warddigan... —murmuró la doctora.
—Ahora no tengo tiempo, Henriette —se disculpó la joven—. Como ve, la señora Warddigan se encuentra muy bien. ¿Quiere echarnos una mano?
En poco más de media hora, Choney, la asistenta y el chófer habían montado en la pradera un pequeño vivac. Los ancianos y ancianas descendieron gozosos de unas vacaciones en la montaña.
El vehículo quedó vacío a excepción de Gizzay. Choney estaba intentando conseguir que sus ancianos se sentaran, cuando escuchó el zumbido del motor, que acababa de ponerse en marcha.
Corrió desalada hacia el autocar, cuando el fugitivo lo ponía ya en marcha.
—¡Gizzay, espere!
Esperó. Incluso abrió la portezuela más próxima al puesto del conductor.
—Gizzay, se lo ruego; ya que ha decidido emplear nuestro vehículo para continuar la fuga, déjeme utilizar el radioteléfono. Una simple llamada a Bonneville. Hablaré brevemente con el conductor y le explicaré nuestra situación. Eso será suficiente para que vengan a recogernos cuanto antes. ¡Por favor...!
Pero el fugitivo cerró bruscamente la puerta y el autocar partió velozmente y se perdió en la tupida floresta.
Choney se mordió los labios. Ahora la situación estaba bien definida: se encontraban en algún lugar indeterminado del bosque, con cincuenta ancianos desahuciados a los que cuidar.
Volvió sobre sus pasos, comiéndose las lágrimas y la indignación. Peor aún: experimentaba en aquel momento una dolorosa y extraña sensación de soledad.
Sin embargo, trató de olvidarse de su situación. Cuando se acercaba a las mesas dispuestas en la pradera, alzó vivamente la cabeza al escuchar la alegre música. Provenía del radiocassette que el anciano Mike Kiltram se había empeñado en traer.

«Menos mal —pensó—. Por lo menos, podremos escuchar las noticias y estar al tanto de lo que ocurra.»

Le maravilló que los ancianos no le hicieran ninguna pregunta relacionada con Gizzay. En realidad, sus pupilos parecían completamente ajenos al hecho de que todos estaban corriendo una peligrosa aventura.

La doctora Morris y Fray estaban disponiéndolo todo para preparar el almuerzo. Mientras tomaban sus vasos de zumos, sus tostadas o sus vasos de leche con cereales, los ancianos canturreaban entre dientes o parloteaban animadamente sin cesar.

«Han debido volverse locos», sospechó Choney.

Al fin, también ella se dejó caer sobre el césped y comió con gran apetito un par de bocadillos.

«¡Increíble! —se dijo, entre disgustada y admirada—. Henos aquí, a cincuenta y tres personas, perdidas en mitad de un espeso bosque, abandonadas a nuestras fuerzas y... todos parecemos extrañadamente tranquilos, sosegados, casi alegres.»

Choney había tenido la precaución de bajar del autocar todo lo que le pareció necesario. Incluso disponían de mantas, de parasoles, el balón de oxígeno... Pero con todo ello apenas podrían sobrevivir hasta el atardecer. Cuando se pusiera el sol, refrescaría en exceso y la mayoría de los ancianos no podrían resistir una noche al sereno.

«Hay que hacer algo», se dijo.

Y se puso en pie, llena de ímpetu.

La doctora Morris sólo pretendía hablar de aquel milagro: la señora Warddigan, increíblemente viva. Pero Choney no tenía ninguna respuesta para las incesantes preguntas de Henriette y ella no era de las personas que pierden lastimosamente el tiempo en atormentarse.

Llamó a Fray y cambió con el chófer unas palabras.

—La doctora Morris quedará al cuidado de los ancianos, Ed. Usted y yo deberíamos hacer una exploración de los alrededores. Desde el punto en que nos encontramos, resulta imposible ver otra cosa que las copas de los pinos, pero quizá exista en las proximidades alguna altura desde la que podemos otear.

Fray asintió de mala gana. Y siguió a Choney sin bríos.

Caminaron por la senda forestal un par de kilómetros, hasta encontrar un lugar más despejado de vegetación. Choney saltó a un tocón y desde allí oteó a su alrededor. No vio otra cosa que una inmensa mancha verde que se extendía a gran distancia, alrededor. A lo lejos, demasiado lejos, una colina erizada de peñascos. Imposible llegar allí: lo más probable era que se extraviaran en cuanto profundizaran en el bosque.

Choney no se desazonó. Era verano, los días eran largos y podía ocurrir cualquier milagro.

En primer lugar, aquel camino forestal estaba muy cuidado y limpio de yerbajos, lo que llevaba a suponer que se trataba de una ruta muy transitada. Probablemente, antes o después, cruzaría por allí algún vehículo de los guardabosques. Y entonces, todo estaría resuelto.

Volvieron al improvisado vivac próximo al rumoroso regato. Al menos, no tendrían problemas para abastecerse de agua, limpia y fresca.

La señora Warddigan y la señorita Perdy paseaban bajo los pinos, cogidas del brazo, y mantenían una amable conversación. Más allá, otro grupo de ancianos recogía florecillas de la pradera. En un círculo de ancianos, el veterano Mike Kiltram, hablaba a sus amigos de algo relacionado con los componentes de su rancia genealogía irlandesa...

«¡Qué extraño! —pensó Choney, al verles tan relajados y felices—. Jamás les vi más alegres y vivaces. Y sin embargo...»

Aprovechando que el señor Kiltram se había alejado con sus amigos, Choney se acercó a una de las mesas y tomó la potente radio del anciano irlandés. La conectó, alargó la antena y sintonizó la emisora que se escuchaba más próxima y potente...

—«...Que aún no podemos ofrecerles nuevas noticias sobre el suceso ocurrido ayer y que mantiene consternado a todo el país. Fuentes de la policía federal declararon esta mañana que fuertes contingentes de policías experimentados y fuerzas de la Policía Nacional patrullan los bosques en busca del autocar rojo matriculado en Pennsylvania en el que un loco fugado de la prisión de Raff Gardens mantiene secuestrados a, cincuenta y tres personas, cincuenta de las cuales son ancianos desahuciados que corren grave peligro. Recordamos a nuestros oyentes que los datos que definen la personalidad de este raro individuo llamado Kent Gizzay...»

Choney puso toda su atención en la voz del locutor. Y a medida que escuchaba, su preocupación iba en aumento, pues Gizzay era definido como un asesino peligroso, un hombre introvertido e inestable, de reacciones imprevisibles.

«Pero ¿por qué me preocupo? ¡Gizzay está lejos y ya no puede hacernos daño! Nuestra situación se resolverá hoy mismo. Mañana, Gizzay y las horas pasadas en su compañía sólo supondrán un amargo recuerdo...»

En tal caso, ¿por qué se sentía ahora tan amargamente vacía?

Recordó, punto por punto, todo lo ocurrido desde que aquella mañana anterior, el autocar se pusiera en marcha bruscamente. El grito de Fray, la alarma de la doctora Morris y de los ancianos más pusilánimes.

¿Cuál había sido la conducta de Gizzay? Cierto que había rechazado a Fray, cuando éste se abalanzaba contra él, pero había sido más bien una reacción de defensa que un ataque decidido.

Luego… Gizzay no había causado daño a nadie, ciertamente. El único daño que había causado a los ancianos era su loco intento por alargar el viaje más de mil kilómetros sin permitir el menor respiro a los pasajeros.
Pero ahora… ¿no parecían los ancianos más felices que nunca? Ninguno de ellos había recibido daños. Más bien podría decirse que parecían rejuvenecidos. Ni la señora Warddigan, ni la aprensiva señorita Perdy, ni Joe Silver —tan protestón siempre—, ni la señora Bord, que exigía constante cuidados, ni… Ninguno de ellos se había quejado con exceso. Y ahora… demostraban una vitalidad tal, que parecían haber rejuvenecido veinte años.
Pero ¿por qué? ¿Qué misterio se escondía en tan extraño fenómeno?
Cambió la emisora, puso música, se alejó y se mezcló con sus queridos ancianos. Preguntó a uno y a otro… ¿Necesitaban unas píldoras sedantes, un masaje en los pies o en las bienes, una inyección? ¡Nadie necesitaba nada!
Mike Kiltram, que padecía reuma desde los cincuenta años y apenas podía doblar la cintura, estaba proponiendo a sus amigos una elemental partida de tejos, valiéndose de los guijarros que habían recogido en el cauce del riachuelo.
Choney Wilson se dejó caer sobre la hierba. Pensativa, murmuró:
«Algo indefinible ha ocurrido desde que Gizzay se apoderó de nuestro autocar en Bonneville. Al principio, mis viejos parecían un tanto alarmados, pero después se fueron tranquilizando y ahora parecen vivir una Jauja… ¿Quién será en realidad Kent Gizzay?»
También ella comenzaba a sentir aquel aguijón de la obsesión, aunque en un sentido muy diferente al de la doctora Morris, que se había unido al grupo de la señora Warddigan y charlaba con las ancianas, ya relajada e influenciada por el atractivo ambiente que se respiraba al borde del regato, bajo la fresca sombra de los pinos corpulentos y frondosos.
Edmond Fray acababa de unirse finalmente al grupo de Kiltram y participaba en la discutida partida, del juego del tejo, en mitad de la pradera.
Durante un largo rato, Choney estuvo mirando a «sus» viejos, complacida.
De cuando en cuando, sintonizaba una emisora de la NBC que transmitía noticias cada quince minutos.
Ninguna novedad. El locutor hablaba de los movimientos de fuerzas policiales a lo largo de una dilatada comarca montañosa y arbolada. Se había detenido a miles de autocares rojos de la marca GMC. Infructuosamente. Ninguna novedad.
Choney avizoraba el camino, de uno a otro extremo. A cada momento, esperaba avistar un «jeep», una camioneta de las utilizadas, por los

guardabosques. Pero no aparecía ningún vehículo. Y las horas iban pasando. Eran ya casi las dos de la tarde.
«¿Dónde están las fuerzas policiales, las de la Guardia Nacional, dónde los expertos rastreadores que utilizan sabuesos?», se preguntaba.
Aguzaba el oído, después de apagar la radio. Pero no escuchaba otra cosa que los intrascendentes —pero alegres— comentarios de los ancianos y el gluglú rumoroso del riachuelo.
¿No decía nada la radio que un policía llamado Klondike: dirigía las operaciones policiales encaminadas a detener a Kent Gizzay? No aseguraban que varios miles de agente; experimentados estaban «peinando» la comarca? ¿Dónde estaban los policías, entonces?
«Gizzay se ha burlado de todos ellos —dedujo inteligentemente—. Quizá condujo largas horas durante la madrugada. Él parece conocer muy bien la red de caminos forestales. Y también todos los accidentes geográficos que pueden servirle de protección natural. No me extrañaría que no lograran capturarle...»
Y de pronto, se sorprendió a sí misma deseando fervientemente que Kent Gizzay escapase y lograse llegar a algún lugar recóndito donde estuviera a salvo por el resto de sus días. A pesar... a pesar de que había sido un criminal.
Pensando en todo esto, Choney se sintió disgustada consigo misma. Ella no podía ser amiga de los asesinos, ella no podía estar de acuerdo con los que siembran el terror. ¿Por qué empezaba a sentir una viva simpatía hacia el fugitivo de Raff Gardens?
«Nos ha sorbido el seso a todos. A mí, a Fray, a Henriette, incluso a los viejos», murmuró.
¿Poseía Gizzay poderes hipnóticos, era tan poderosa su voluntad como para influir a un grupo de cincuenta y tres personas...?
Llamó a Henriette. Era el momento de preparar un tentempié para los ancianos. Lamentablemente no quedaban muchas provisiones, pero Choney estaba íntimamente convencida de que la situación se resolvería por sí misma.
Fray, Henriette y Choney dispusieron las mesas lo mejor que pudieron. Apenas quedaban botellas de zumo y la leche escaseaba. Poca fruta, muy pocos panecillos, apenas algunas conservas...
Pero sus pupilos parecían gozar de un buen humor envidiable y no protestaban ni echaban a faltar nada. Cuando se terminaron las bebidas, Choney fue al arroyo y llenó alguna; botellas, de aquella deliciosa agua, límpida y finísima, que los ancianos consumieron, agradecidos y dichosos.
—Hay que descansar un rato —propuso Choney, luego— La temperatura es muy agradable, la sombra abundante... Podemos tendernos sobre las mantas y dormir una siesta. Yo me ocuparé de la ambientación.

Tras ayudar a todos, volvió al vivac, puso la radio en marcha y seleccionó un relajante y melodioso blues.
Empezaba a sentir el sopor de la siesta, cuando escuchó el potente petardeo de un escape.
«¡Un coche de los guardas forestales», pensó, llena de esperanza. Pero en seguida vio brotó en el verdor de los pinos un destello rojizo. Era el autocar rojo que se había llevado Kent Gizzay.
¡El fugitivo regresaba!

CAPÍTULO VIII

El vehículo se detuvo suavemente bajo las copas de un grupo de pinos frondosos. Desde el aire, nadie podría descubrirlo.
Gizzay se dejó caer sobre el césped de un salto felino.
Se miraron fijamente. Choney trataba de averiguar las intenciones del hombre fugado de la penitenciaria de Raff Gardens.
Y a ella le costó mucho trabajo pronunciar aquellas palabras.
—Bueno, ha vuelto. Pero ¿por qué?
Había un fulgor nacarado en los ojos del hombre.
—En realidad... sólo fui a por algunos víveres —dijo en un susurro, pues todos dormían apaciblemente a escasa distancia de donde el hombre y la mujer se encontraban.
—¿Cómo? ¿Quiere decir que... no pretendía huir?
—No —respondió Gizzay.
La brisa susurraba en las frondas. Pero por encima del rumor de las agujas de pino, se escuchaba la respiración rápida y entrecortada de Choney Wilson.
—¡Dios mío! —murmuró, desolada. Y se dejó caer sobre una silla, apoyó el rostro sobre la mesa y ocultó las facciones con ambas manos.
Gizzay escuchó sus entrecortados sollozos. Avanzó un poco. Por un momento, pareció decidido a acercarse a la mujer y abrazarla y consolarla. Pero no debió atreverse y permaneció allí, próximo pero inmóvil, a dos pasos de distancia.
Luego él dijo:
—¿Quiere venir al autocar? Usted sabrá mejor que yo cómo hay que colocar esas cosas.
Choney separó sus manos y le miró. Sus facciones, húmedas de llanto, estaban descoloridas.
Pero siguió al hombre hasta el vehículo y subió. Quedó anonadada al ver aquellas cinco grandes cajas de plástico llenas de provisiones a rebosar.
—¿De dónde ha sacado todo esto? —clamó. Había chillado, bien a su pesar, y bajó el tono de su voz al insistir—: ¿Lo ha robado?

Gizzay la miró con reproche.
—No he robado nada —negó con voz leve—. Llegué hasta Cameron Wells, junto al Parque Kendall. Había una tienda. Compré todo lo que dio de sí mi dinero.
—¡Su dinero…! ¿Desde cuándo un fugado de presidio tiene dinero? —le lanzó a la cara con ánimo de herirle—. Y si lo tenía, la explicación es fácil: lo robó, después de fugarse de Raff Gardens.
—Yo no me fugué; salí de allí cuando creí cumplido el plazo que me había propuesto. Yo no robé a nadie, puede creerlo.
«¿Por qué no le crees? ¡Parece tan sincero y leal…»
Choney tornó a morderse los labios en aquel gesto maquinal tan usual en ella.
—Escuche, Gizzay. Creí que se había marchado para no volver. Pero ha vuelto. Y yo necesito saber qué se propone —exigió, poniendo en juego toda su entereza.
—Yo… debía entrar en contacto con los ancianos. Debía estudiarlos, observar sus reacciones. Comprendí que esas cincuenta personas eran infelices. Unos hombres y mujeres que solo imploraban unas vacaciones normales antes de morir. Yo debía hacer algo por ellos. Y eso es lo que me propongo.
—Pero… ¡¡¿qué?!! —clamó la joven, histérica.
—Influir positivamente sobre ellos, convertirlos en seres dichosos, conseguir que olviden sus achaques, que no tengan en cuenta su disminución física, su senectud…
—¡Está loco, es evidente! —chilló Choney, fuera de sí.
Gizzay se la quedó mirando con curiosidad.
—¿Por qué dice que estoy loco?
—¡Usted no es Dios! Esos pobres ancianos padecen achaques irreversibles o enfermedades incurables. Morirán dentro de unos meses, o quizá algunos duren un año. ¡Y usted se propone…!
—Ya se lo he dicho: conseguir para ellos unos instantes de dicha. Incluso algo más…
—¡Loco, loco hasta el delirio! —repitió la joven. De repente, sus ojos oscuros llamearon—. ¡Escuche, Gizzay, no permitiré que usted convierta a mis viejos en rehenes. Si quiere seguir adelante con su loca aventura, tendrá que hacerlo solo.
El fugitivo no respondió en seguida. Pero al cabo de unos instantes:
—Tal vez, ellos sí quieran seguir conmigo —susurró.
Choney le dio la espalda bruscamente y corrió hacia el vivac. Se disponía a despertar a gritos a los ancianos, pero se arrepintió, volvió sobre sus pasos y se dejó caer sobre una silla plegable.
Con un impulso irresistible, conectó la radio de Mike Kiltram y escuchó ávidamente, una vez sintonizada la emisora NBC.
—«.. desvanecido en el aire. Los policías han registrado

minuciosamente centenares de kilómetros cuadrados, sin hallar rastro del autocar rojo del hospital geriátrico de Pennsylvania. Buceadores de la Guardia Nacional se han sumergido hacia el mediodía en el pantano de Brave Indian. También se están registrando los embalses de Horre Kautchawi y Fennon Falls, pues no se descarta la posibilidad de que el fugitivo...»

Apagó la radio impulsivamente. No quería escuchar aquellas noticias.

—¿Puede darme algo de comer? Estoy desfallecido.

Se volvió. Allí estaba el criminal, mirándola con expresión afable. Una sonrisa pugnaba por insinuarse en su boca de labios carnosos y bien dibujados.

Choney estuvo a punto de contestar con un exabrupto, pero se inclinó, tomó una bolsa y sacó un par de bocadillos.

—En el arroyo hay agua fresca —indicó, despectivamente.

El hombre cogió una botella vacía de agua mineral, fue al regato y la trajo llena. Se sentó y masticó la comida en pocos minutos. Luego bebió media botella de agua y cruzó los brazos sobre la mesa.

Miró a la abatida Choney Wilson y dijo con voz cálida:

—No tiene nada que temer, Choney. Todo saldrá bien.

Pero ella no dijo nada. Reflexionaba con el rostro entre las manos. La suave brisa alborotaba ligeramente sus negros cabellos, arrancando de ellos un reflejo rojizo que parecía una llamarada de cobre.

Poco a poco, Choney fue retirando sus manos. Escrutó el rostro del hombre como si pretendiese calar en sus pensamientos.

—Kent...

—¿Sí?

—¿Por qué mató y violó a aquellas cuatro pobres muchachas en Altoona? —pregunto.

Gizzay ni siquiera parpadeó.

—Yo no maté a nadie. No podría hacerlo —declaró.

—Pero la policía ha dicho...

—Cuando me detuvieron, yo no sabía expresarme en su idioma. No pude defenderme. Luego, cuando conseguí, hacerme entender en inglés, negué tales crímenes, pero no me hicieron caso. Ya no había hecho más que llegar a...

—¿Adonde?

—¿Qué importa eso? Lo cierto es que yo podía huir de la prisión en cualquier momento. Pero no lo hice. Me propuse estudiar el carácter y la cultura de ustedes. Cuando consideré que mi experiencia era suficiente, me marché de Raff Gardens.

Choney le miró con más intensidad, plena de estupor.

—Habla de una forma extraña, Gizzay, pero no conseguirá engañarme. Si quiere convencerme de que es un alma de Dios, se engaña —dijo apasionadamente—. Su conducta es la de un criminal. La prueba es

que quiere seguir exponiendo a estos pobres ancianos a toda clase de peligros y vicisitudes.
—No. No les obligaré. Si los he mantenido bajo mi protección hasta ahora, fue precisamente para evitarles todo mal. En cualquier caso, ellos decidirán.
—¿Quiere decir que... no nos obligará? —inquirió Choney, incrédula.
—No. Les hablaré. Si quieren venir conmigo, lo harán. Pero no los llevaré por la fuerza.
Tras una pausa, Choney dijo:
—Es usted un hombre extraño, Kent Gizzay.
—Bueno, ése no es exactamente mi nombre. Me llamo Quemyiseth —respondió él.
—Suena raro, exótico. ¿De dónde viene?
La mirada de los grises ojos del fugitivo se perdió en el cielo azul.
—De muy lejos, pero eso no importa ahora.
Otra pausa. El campamento a orillas del regato permanecía en absoluta calma. Algunos insectos zumbaban en el yerbazal que crecía en las orillas del riachuelo.
—Me gustaría saber otra cosa, Kent Gizzay. ¿O debo llamarle Quem...?
—No importa. Llámeme como quiera.
—Me siento angustiada, Kent. No es por mi suerte, ¿comprende? Sino por la de esos pobres ancianos. ¿Dónde terminará nuestro viaje? —pregunto quedamente, con el temor de que alguno de los durmientes pudiera despertar de improviso y escucharles.
—No se atormente, Choney —pronunció Gizzay, abstraído—. Sus amigos no recibirán ningún daño. ¿Por qué no confía en mí? Yo le aseguro que en mi compañía estarán a salvo y resultarán beneficiados.
—¿En qué medida, por qué razón?
—No puedo explicárselo ahora, pero usted misma comprobará que lo que le digo es la verdad —respondió el enigmático Gizzay.
El fugitivo se puso impulsivamente en pie.
—¿Adonde va? —preguntó Choney, desconfiada.
Kent se volvió, parecía humanizarse por momentos. Incluso sonrió. Lo suyo era una sonrisa vigorosa, capaz de infundir aliento y esperanza.
—Creo que debíamos preparar una verdadera merienda para sus amigos —dijo—. He traído de todo: pollos asados, carne de vaca, frutas, docenas de botellas de zumo, leche, unas cuantas tartas y varias barras de helado. Podríamos prepararles un verdadero festín.
Choney se puso en pie y le siguió. Parecía hechizada por la vigorosa personalidad del fugitivo de Raff Gardens.
Subieron al autocar y descendieron cargados de viandas. Luego Choney volvió y colocó en el frigorífico de a bordo las tartas, los helados y cuantas botellas de leche y zumos cupieran en las diversas estanterías del aparato.

Cuando el sol declinaba ya hacia la línea del horizonte, los ancianos comenzaron a despertar. Ninguno de ellos se sobresaltó al ver junto a las mesas al hombre de los cabellos plateados.
Parecían todos de excelente humor y se sentaron inmediatamente a la mesa, consumieron ávidamente la merienda y las señoras dieron grititos de gozo cuando Choney les ofreció vasos de plástico rebosantes de helado y fruta escarchada.
—¿Quien ha traído todo esto? —preguntó Henriette Morris, pasmada de asombro.
Instintivamente, Choney dirigió una mirada a Kent Gizzay.
—Fue él —dijo. Y añadió en voz alta—: Creo que este hombre quiere dirigirles la palabra.
Gizzay se puso en pie. Todas las miradas convergieron en su atlética y bronceada silueta.
No carraspeó, ni se sintió embarazado en absoluto. Paseó su mirada por los rostros de las personas que se sentaban a las mesas y dijo:
—Quisiera hacer algo positivo para ustedes. Ya que han emprendido un viaje de vacaciones, me gustaría conseguir para ustedes un descanso distinto, una especie de aventura sin sobresaltos. Pienso hacerles conocer todas las maravillas de este país. No les faltará nada. Podrán hacer lo que les apetezca. Nuestro viaje terminará en el mar.
Hubo un silencio. Los ancianos se consultaban unos a otros con la mirada. Pero sus ojos relucían de puro entusiasmo.
Finalmente, la señora Warddigan se puso en pie.
—¿Cómo se llama usted, caballero? —formuló correctamente al fugitivo.
—Mi nombre es Quemyiseth.
—¿He oído Kent Gizzay? Bien. Mis amigas y yo votamos por usted. Sé lo que nos aguardaba en la costa atlántica: una aburrida residencia donde nos sentiríamos constantemente vigilados y protegidos. De modo que acepto la invitación del señor Gizzay.
—¡Señora Warddigan! —clamó la doctora Morris, incorporándose vivamente.
Pero la vieja dama le dirigió una mirada llameante.
—Amigos míos, nosotros hemos hecho nuestra elección con toda libertad. Simpatizo con el señor Gizzay. Por tanto, en nombre de mis amigos, repito mi respuesta: aceptamos la proposición del señor Gizzay.
—¡Pero...! —murmuró Choney, angustiada.
Mike Kiltram se incorporó y llamó la atención de todos haciendo tintinear una botella.
—Mis queridos amigos: confieso que nunca pasé, desde mis años jóvenes, una jornada tan divertida y satisfactoria como la de hoy. Puesto que las señoras eligen sin ningún temor la opción de Gizzay,

nosotros no seremos menos. En nombre de los hombres, aceptamos la invitación del señor Gizzay —pronunció con voz campanuda, pero vibrante y segura.

Choney se desesperó. Y miró a Fray en demanda de ayuda.

—¡Se han vuelto locos! ¡Nuestros viejos se han vuelto locos! Tenemos que hacer algo. No podemos permitir que...

Pero el chófer se encogió indiferentemente de hombros.

—No quiero enfrentarme a ese hombre. Sé que podría matarme de un solo golpe. El sueldo que cobro no es motivo suficiente para exponerme a morir —gruñó.

Choney se volvió hacia la doctora Morris. Pero ésta parecía fascinada. Contemplaba sin parpadear a Kent Gizzay como si éste la mantuviera bajo el poder de sus hipnóticos ojos.

—Deberíamos recoger el campamento —propuso Gizzay—. Dentro de una hora se ocultará el sol y el ambiente se tornará excesivamente húmedo y frío.

Entusiásticamente, los ancianos participaron en el trabajo de recoger los enseres y plegar mesas y sillas.

Cargada toda aquella impedimenta en el autobús, subieron los ancianos —¡por sus propias fuerzas!— y Choney se dirigió a Gizzay, al pie de la puerta del conductor:

—Por amor de Dios, dígame al menos dónde estamos —suplicó.

—A unos cincuenta kilómetros de Carbondale, estado de Illinois —respondió el hombre sin pestañear.

Choney se inmutó.

—¡Illinois! Eso quiere decir que usted condujo muchas horas de madrugada, sin descansar —murmuró, asombrada.

—Hice mil kilómetros exactamente. Si tenemos suerte, al amanecer habremos avanzado mucho. Para entonces estaremos al oeste de Kansas o tal vez en Colorado. Mucho más cerca del mar —explicó el hombre apaciblemente.

Choney se mordió los labios.

—Pero usted no está en condiciones de conducir. Hace cuarenta horas que se fug..., que marchó de Raff Gardens. Y no ha dormido ni una hora. Podría dormirse al volante y provocar un accidente gravísimo —arguyó, preocupada—. ¿Por qué no permite que conduzca Fray?

Una leve sonrisa entreabrió los labios de Gizzay.

—Prefiero hacerlo yo —dijo—. Sé que puedo sacarle mucho más rendimiento a esta máquina —golpeó amistosamente las planchas del autocar rojo—. Pero no tema; no me siento cansado. No habrá accidente.

Lo dijo con tanta seguridad, que Choney subió al vehículo convencida de que aquel individuo era incansable y resistente a todos los avatares.

A las ocho de la tarde, Gizzay puso el motor en marcha y el autocar

rodó suavemente por el camino forestal. Detrás quedaban en sombras el rumoroso riachuelo y la fresca pradera en donde se habían solazado durante el día los pupilos de Choney Wilson.

CAPÍTULO IX

El autocar rojo fue avistado desde al aire a las cuatro de la tarde del 18 de agosto.

La noticia llegó en pocos minutos a Dayton, donde continuaba Peter Klondike, quien dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

Tenía razón en sentirse aliviado, pues sus sospechas apuntaban a la posibilidad de que el criminal Gizzay hubiera arrojado el autocar —con todos sus pasajeros— a las profundas aguas de Fennon Falls u otro de los embalses de la cuenca, donde aún seguían trabajando sin cesar los hombres ranas.

La pregunta que se formuló en su mente al instante fue:

«¿Dónde ha podido esconderse? ¿Cómo logró pasar desapercibido a lo largo de mil quinientos kilómetros?»

El informe policial especificaba que el autocar rojo había sido avistado en Rocky Fort, localidad cercana a Colorado Springs, estado de Colorado.

Desde la Base de operaciones de Dayton, la noticia fue difundida rápidamente al gobernador de Colorado, al director de la Oficina Federal y a la secretaría del presidente.

En consecuencia, dos minutos más tarde Klondike recibía una llamada urgente del director del FBI.

—Este asunto ha desbordado ya los límites razonables, Klondike. Hay escándalo a escala nacional. Me presionan de todas partes, incluida la secretaría del presidente. Centenares de familiares de los ancianos secuestrados exigen una acción rápida y eficaz. En una palabra, Klondike, es preciso que detengan a Gizzay. Como sea.

—¿Incluso a costa de la seguridad de esos ancianos? —pregunto Klondike, perdida momentáneamente la serenidad habitual.

Se oyó un leve carraspeo al otro lado.

—Usted es un experto en este tipo de problemas, Klondike, y yo no voy a decirle cómo debe resolver el problema. Pero piense que hay muchos miles de policías apoyándole y toda la organización de seguridad, federal y estatal, respaldándole. Sólo le digo esto, Klondike; es preciso que Gizzay sea eliminado y recuperados los ancianos. Lo demás...

Klondike tenía previsto que esta reacción se produjera. Y por ello había esbozado, planeado y perfeccionado vanos planes de emergencia.

A las cuatro y veinte de la tarde, un automóvil le depositaba —junto con sus tres jóvenes ayudantes— en las pistas de la Base Johnson.
Diez minutos después, un birreactor «Constant» despegaba y se dirigía raudo hacia el oeste. A las seis quince, Klondike y sus hombres aterrizaban en Farallón Plaines y corrían hacia un helicóptero. Entretanto, Klondike enviaba constantes instrucciones y recibía información acerca de la posición del autocar rojo.
A las seis treinta, el helicóptero que trasladaba a Klondike sobrevoló la carretera que utilizaba el autocar. Era la autovía Cincuenta y el autocar acababa de cruzar Canon City, cien kilómetros al oeste del Pueblo.
Fue en aquel momento cuando sonó la radio. Era una llamada desde el servicio de radioteléfonos de Colorado Springs.
—Es una llamada desde el autocar que persigue, señor Klondike-dijo la operadora—. Es una voz de mujer la que insiste en hablar con usted.
—Conecte inmediatamente —respondió el policía, excitado a su pesar.
Un momento después, escuchaba la voz de Choney Wilson.
—.. casi una hora que intentaba comunicar con usted. Sólo quiero pedirles una cosa.
—¿Cuál?
—Que desistan. Gizzay no es peligroso. Creo... Bien, quizá sus facultades mentales... No puedo ser más explícita, señor Klondike, pero puedo asegurarle que no ha causado ningún daño a nadie. Ni piensa hacerlo, según sus declaraciones. Mi opinión es que lo más seguro es...
—Dígame.
—No le hostiguen, por favor. Vigilen el autocar a distancia, si quieren. Pero no le presionen. He observado que Gizzay se muestra nervioso al ver los helicópteros o los vehículos autopatrullas que aguardan en cada cruce.
—Así que usted piensa que está loco... Conteste sí o no.
—No puedo contestar de tal forma. Es... un hombre extraño, diferente a todos los que he conocido hasta ahora, aunque confieso que no tengo mucha experiencia.
—¿Qué ha dicho? ¿Cuáles son sus intenciones?
—No lo sé. Al parecer, quiere organizar las vacaciones de los ancianos. Parece que el viaje terminará en el mar... Puedo decirle algo más: Gizzay no ha dormido ni un solo minuto. Creo..., creo que llegará el momento en que se derrumbe. Yo estoy sentada ahora a su lado y Fray, el conductor, también está cerca. Si se duerme, reaccionaremos a tiempo. O eso espero.
—¿Está él escuchándola ahora? —inquirió Klondike.
—Ssssí. Bueno, no lo sé. A veces parece abstraído, pero ya ve que no

me ha impedido utilizar el radioteléfono... —respondió Choney en un susurro.
—Ha dicho que los ancianos están bien. ¿Ningún incidente?
—Ninguno... importante. Gizzay se comporta bien con todos. No es agresivo ni violento. Por el contrario: nos ha traído comida y bebidas abundantes. Organizó una especie de festín en mitad del bosque...
—Ya...
Klondike parpadeó. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Gizzay, un simple maniático inofensivo...?
—Dígame una cosa, Choney. Gizzay ¿va armado? —insistió Klondike, un instante después.
La respuesta de la joven asistenta se demoró unos segundos.
—No lo sé. Desde que subió al autocar, observamos que mantiene una especie de bolsa de viaje cerca de sus piernas, pero no sabemos lo que contiene —dijo.
—Bien, escúcheme con atención, Choney —pidió el policía—. Usted parece una mujer muy serena y responsable. Estoy seguro de que sabrá observar mis indicaciones sin vacilar.
—Diga.
—Si Gizzay se durmiera, si flaqueara, procuren inmovilizarle inmediatamente. Y si esto no fuera posible, busquen en el interior de esa bolsa de viaje. Si, como suponemos, Gizzay guarda en ella un arma de fuego, no duden en disparar a matar contra él, si se muestra violento. ¿Me ha oído?
La voz de Choney vibró con un trémolo de inseguridad.
—Sí.
—Llámeme usted de cuando en cuando. Será más fácil. Para ello, sólo tiene que llamar a la central de radioteléfonos. Me pasarán la llamada inmediatamente. ¿De acuerdo?
—Ssssí.
—Buena suerte. Tengan confianza.
La comunicación se interrumpió. Miró a sus jóvenes ayudantes, que habían seguido atentamente la conversación entre Choney y el jefe de operaciones policiales.
—¿Qué os parece? La situación a bordo del autocar rojo no parece tan desesperada, según acabo de oír. Creo que lo más prudente es hablar con Washington —dijo.
—¿Quiere decir que renuncia a la acción directa, jefe? —preguntó Chardum, tenso.
Klondike movió la cabeza con tristeza.
—Eso sería lo más deseable... y no lo digo porque no esté deseando dar fin a este asunto cuanto antes. De todas formas, será nuestro jefe quien lo decida —respondió. Y se dispuso a operar en la radio.
No fue necesario. Cuando alargaba la mano, el destellante

intermitente rojo comenzó a fulgir. Klondike conectó y se anunció. En seguida sonó la bronca y excitada voz en el altavoz del panel.
—Klondike, esto es un ultimátum —pronunció secamente la voz del director de FBI—. Acabo de recibir instrucciones precisas del presidente, que ha hablado conmigo en persona. El presidente quiere que usted intervenga. Inmediatamente...
—Pero...
—¡No me interrumpa! Dígame más bien: ¿por qué no ha actuado ya? Hace casi tres horas que ese maldito autocar rojo fue avistado en Rocky Fort. ¿Por qué no ha pasado a la acción?
Klondike respiró hondo.
Y explicó a su jefe máximo el significado de la conversación que acababa de mantener con Choney Wilson. Pero su jefe no le dejó terminar.
—No importa. El presidente quiere resultados concretos. ¿Es que no lo comprende, Klondike? El país vive en vilo desde hace tres días. Ese loco se pasea a lo largo de miles de kilómetros y mantiene secuestradas a cincuenta y tres personas, cincuenta de las cuales son ancianos enfermos. No me haga perder el tiempo, Klondike. Ponga en marcha su primer plan para detener a Gizzay. Ahora mismo.
—Está bien, señor —respondió Klondike con grave acento. Y apagó la radio.
A Chardum, a Thorpe y a Williams les brillaban los ojos de pura excitación. ¡Por fin iban a entrar en acción, finalmente había llegado el momento tantas veces deseado!
—Vamos allá —dijo Klondike al piloto. Y el helicóptero ascendió y partió como una flecha hacia el oeste dejando atrás rápidamente al autocar rojo.
Sacó un mapa y lo desplegó sobre sus piernas.
Su plan de rescate número uno no tenía nada de sencillo.
Consistía en una acción múltiple, muy sofisticada. A saber: en primer lugar, se haría desviar el autocar cortando las carreteras principales. Si Gizzay seguía adelante por la Cincuenta, a primeras horas de la noche estaría en Gunnison o sus proximidades. Desde allí, las señales informativas del cruce le obligarían a tomar las carreteras 135, en obras.
En un tramo determinado, esperaban ya fuerzas policiales dispuestas a colaborar en la operación. Como la carretera era llana y recta, los riesgos serían mínimos. Bajo la zahorra o tierra roja compactada del firme, se había enterrado una enorme red de acero, que saltaría y «atraparía» al vehículo en el instante preciso.
Simultáneamente, una batería de potentes focos camuflados en las proximidades se encendería y deslumbraría al fugitivo. La sorpresa le impediría cualquier reacción veloz. Pero además, a la izquierda

estarían apostados varios tiradores de élite dotados con rifles de precisión. Estos tiradores sólo tenían una misión: disparar a la cabeza de Gizzay y abatirle instantáneamente.
Por otra parte, y por si el plan presentaba algún fallo, Klondike y sus tres agentes especiales estarían sobre la vertical del autocar en esos momentos y actuarían de inmediato, si era necesario.
Klondike había elegido aquel tramo en obras de la 135 cuidadosamente, en cuanto el autocar fue avistado y se estableció su posición y sentido de marcha.
El firme en obras era rugoso y desigual, lo que impediría a Gizzay conducir a más de sesenta kilómetros por hora. A tal velocidad, la red de malla de acero detendría al vehículo sin grandes dificultades y los restantes pasajeros del autocar no sufrirían ningún daño. Si todo salía según proyectara Klondike, la operación habría terminado en pocos segundos. Incluso se había previsto que otro autobús llegaría poco después y los pasajeros harían un transbordo hasta este segundo vehículo.
Por lo demás, Klondike había utilizado el truco de la red en otras ocasiones y había dado satisfactorios resultados.
En resumen, se trataba de utilizar la táctica de la sorpresa. Gizzay no tendría tiempo material para reaccionar a tiempo y defenderse. En el momento en que se encendiera la batería de focos, cinco tiradores de élite tendrían la cabeza del fugitivo como objetivo. Gizzay caería instantáneamente para no levantarse más.
Klondike plegó el mapa y encendió la radio para impartir sus instrucciones a los miles de agentes que esperaban sus órdenes. Luego ordenó al piloto que descendiera y tomara tierra en una pequeña localidad llamada Chochas, donde los cinco hombres bebieron ávidamente un par de refrescos y tomaron un bocado.
Muy cerca de las ocho, cuando el sol se acercaba a la línea del horizonte, Klondike se dirigió al helicóptero, dispuesto a cumplir con su deber. Pero no se sentía muy seguro de que lo que iba a hacer fuera precisamente su deber.

* * *

A esa misma hora, dos hombres jóvenes descendían de un automóvil discreto y penetraban en la cervecería Marconi, de la localidad de Altona (Pennsylvania).
Aquellos dos hombres eran policías. Minutos antes, en comisaria se había recibido una llamada telefónica urgente.
—¡Vengan en seguida, por favor —suplicaba Fred Marconi, el dueño de la cervecería—. ¡Los hermanos Boomam están borrachos y pelean a muerte! Están lanzándose a la cara acusaciones terribles. ¡Pero además

me están destrozando el local!
Dentro de la cervecería, se diría que acababa de desatarse un huracán. Las astillas de las mesas y sillas rotas cubrían el suelo. Había numerosos fragmentos de vidrio, también. Tras la barra, Fred Marconi, parapetado tras el grifo de la cerveza, asistía asustado a la salvaje pelea en que estaban enzarzados los hermanos Boomam, Mark y Effraim, dos corpulentos y brutales individuos que se dedicaban a la compraventa de viejos camiones. Los Boomam tenían una bien merecida fama de matones, borrachos y pendencieros. Afortunadamente, en aquella ocasión sólo estaban ellos como protagonistas de la reyerta, aunque naturalmente el dueño de la cervecería resultase perjudicado con el destrozo.
Effraim acababa de descargar un demoledor mazazo en el rostro de Mark, que cayó al suelo pesadamente.
—¡Cerdo! —gritó éste, sangrando abundantemente por boca y nariz—. ¡Pienso seguir gritándolo de todos formas! ¡La idea fue tuya, maldito sátiro! ¡Té habías encaprichado de Monica Bitts y no paraste hasta...!
Los dos jóvenes policías no intervinieron inmediatamente. Aquel nombre que acababa de pronunciar Mark Boomam —Monica Bitts — resultaba remotamente familiar a sus oídos. Antes de reducirlos a punta de pistola, los policías estuvieron tomando notas de las recriminaciones que los Boomam se hacían mutuamente entre golpe y golpe.

CAPÍTULO X

A las ocho veinte, el plan número uno estaba a punto de iniciarse. Desde el aire, Klondike había comprobado que el autocar rojo —cortada la carretera Cincuenta— aflojaba la marcha en el cruce y tomaba la 135 en dirección a Gunnison.
El sol acababa de ponerse. La luz diurna disminuía raudamente. Gizzay había encendido la luz de cruce del vehículo que conducía y esto permitía controlarla fácilmente.
El lugar donde estaba situada la trampa se encontraba a cuatro kilómetros del cruce. Y el autocar rojo marchaba a unos sesenta y cinco kilómetros a la hora. Unos cuatro minutos después estaría sobre el punto donde una gran malla metálica permanecía enterrada bajo el firme de gravilla.
Faltaban exactamente noventa segundos, cuando se produjo el primer incidente lamentable. La radio trajo a Klondike el mensaje urgente de Norman Jones, el jefe de los tiradores que habrían de disparar contra Gizzay.
—¡Ha ocurrido algo imprevisto! —gritaba Jones—. Acabo de

comprobarlo a través de la mira telescópica de mi rifle... ¡El hombre que conduce el autocar no es Gizzay, sino Edmond Fray!
Klondike se mordió los labios, un gesto nervioso poco habitual en él.
«¡Dios mío —pensó—. Hemos estado a punto de matar a Fray!»
Por fortuna, Jones había descubierto el cambio de conductores a tiempo de evitar la catástrofe. Pero el problema residía en que Klondike no había tenido la precaución de situar tiradores seleccionados a la derecha, donde presumiblemente viajaba el fugitivo.
Cortó la comunicación con Norman Jones e impartió rápidamente nuevas instrucciones. Advirtió a los policías apostados a la derecha: cualquiera que dispusiera de un rifle u otra arma de precisión debería disparar contra Gizzay, sentado en el asiento delantero, probablemente.
Pero en seguida llegó otro aviso de tierra a través de la radio.
—¡No vemos a Gizzay, señor Klondike! ¡El asiento lo ocupa una mujer muy joven, morena! Gizzay no está a la vista. Yo diría que se trata de Choney Wilson.
Klondike comenzó a sudar a chorros. Su cuidadoso plan hacía agua por todas partes. Y lo peor era que el autocar rojo se aproximaba al punto clave. La red se dispararía automáticamente, envolvería al vehículo y lo detendría violentamente.
¿Cuál sería la reacción de Gizzay, un verdadero desesperado? Si tenía un arma, era muy probable que reaccionase con violencia, que...
Pero no había que pensar en esto. Todavía le quedaba a Klondike una baza: la batería de focos potentes que fulgiría en el mismo momento en que se disparase la trampa, cegaría a Gizzay y le impediría cualquier reacción rápida y eficaz. Choney Wilson y Edmond Fray le atacarían en cuanto el vehículo se inmovilizara, pero además unos ochenta policías rodeaban aquel lugar e intervendrían en el momento justo.
Se había hecho de noche. El autocar rojo se encontraba a unos cien metros de la trampa. Los conos luminosos de sus faros formaban dos puntas de flecha idénticas de unos cincuenta metros de longitud... ¡El momento crucial había llegado...!
Tres segundos después, Chardum barbotó una palabrota.
—¿Qué ha ocurrido? ¡El autocar ha desaparecido!
Klondike se inclinó hacia adelante. El helicóptero volaba a unos sesenta metros de altura: lo justo para no rozar los postes telefónicos y de conducción eléctrica que pasaban por debajo.
El suelo era una mancha de tinta china. No se veía la luz de los faros del autocar...
Klondike pudo escuchar los estampidos de unos precipitados disparos.
Pero ¿qué diablos estaba sucediendo allí abajo? El autocar debía haber

pasado por encima de la trampa ya, la batería de focos debía inundar de violenta luz el páramo, los policías...
Pero abajo todo continuaba en tinieblas. Sonaron otros disparos aislados. Muy nervioso ya, Klondike ordenó al piloto que encendiera sus faros de aproximación. Pero...
—Lo siento, señor —respondió el piloto con un murmullo lúgubre—. Las luces no funcionan y... ¡el motor falla! ¡Tendremos que descender!
Un momento más tarde, el helicóptero se posaba bruscamente en el páramo. En medio de la oscuridad. Klondike empuñó su Magnum y echó pie a tierra.
En el primer momento, oyó unos gritos estrangulados, distantes. A contraluz de poniente, vio algunas siluetas que corrían velozmente, desparramándose en todas direcciones. Parecía tratarse de una fuga colectiva, urgente, desesperada.
¿Qué ocurría?
Lo supo en seguida, al sentir abrasados sus pies... ¡la tierra ardía literalmente! Incrédulo aún, Klondike se inclinó, palpó el suelo con sus manos y... las retiró urgentemente, quemados los dedos.
Por un momento, vaciló entre subir al helicóptero o emprender la huida. Pero en cuanto tocó el metal del aparato comprendió que pronto los metales alcanzarían una insoportable temperatura y probablemente la estructura metálica se fundiría.
Gritó fuera de sí:
—¡Vamos, bajen de ahí! ¡La temperatura es insoportable! ¡Hay que huir de este lugar inmediatamente!
Chardum, Williams, Thorpe y el piloto se arrojaron a tierra, cuando ya Klondike —incapaz de aguantar el calor que quemaba las plantas de sus pies— se alejaba a la carretera de la zona en que se había situado la trampa.
—¡Increíble, increíble, increíble! —murmuraba Klondike, al tiempo que galopaba sobre los resecos matojos que comenzaban a humear.
De vez en cuando, volvía la vista atrás y comprobaba que el fuego surgía de diferentes puntos en un área de un kilómetro a la redonda.
A cierta distancia de ellos, corrían desaladamente otras personas. Policías, según sospechó Klondike.
Dos minutos después, se detenían jadeantes a distancia prudencial. Habían recorrido tres kilómetros en tiempo récord, a través del páramo.
—¿Qué fue eso? ¿Qué sucedió? —preguntó el impulsivo Ted Chardum, perdida la respiración. Klondike no contestó. ¿Qué podía decir?
Se inclinó y tocó la tierra seca. Allí la temperatura era normal. A tres kilómetros de distancia, la rala vegetación desértica ardía a rodales. El fuego había prendido en los palos del tendido telefónico y las llamas

iluminaban lívidamente la zona de la trampa, donde la carretera brillaba como un espejo.
Tres horas después, Klondike había llegado a ciertas conclusiones. A saber: la energía eléctrica había fallado en el momento culminante de la operación. No sólo el sistema eléctrico del helicóptero en el que viajaba, sino también las baterías que alimentaban la serie de focos que debían deslumbrar a Gizzay. También se habían interrumpido las comunicaciones por radio. Absolutamente todas.
Simultáneamente, la tierra había empezado a calentarse hasta alcanzar —presumiblemente— los 200 grados centígrados de temperatura.
¿A qué raro fenómeno se debía todo esto?
¿Quizá a una convulsión geológica de origen telúrico? Esta era la conversación que mantenían —muy excitados— los ochenta policías que se habían reunido en grupo poco a poco.
Pero Klondike sospechaba algo muy diferente. De una forma irracional, deducía que Gizzay tenía algo que ver con el insospechado cataclismo.
¿Dónde estaba el fugitivo? ¿Dónde el autocar de los ancianos?
Norma Jones y sus cuatro tiradores de élite —apostados en un lugar privilegiado, pues tenían las últimas luces del ocaso como fondo— habían advertido que el autocar abandonaba bruscamente la carretera segundos antes de pisar la trampa. Sí, habían disparado precipitadamente al ver que la mole oscura del vehículo se echaba sobre ellos. Ignoraban si sus disparos habían alcanzado a Edmond Fray o alguno de los otros pasajeros. Se habían dejado llevar por el atolondramiento, reacción normal en un caso imprevisto.
Klondike pudo establecer que fue ése el momento en que la tierra comenzó a calentarse de forma insoportable. Lo supo a través de los testimonios de casi noventa funcionarios de policía.
Bob Thorpe no estaba de acuerdo con la versión de que el brusco calentamiento geológico se debía a causas telúricas.
—Junto a la carretera pasa un tendido eléctrico de alto voltaje. Es posible que el autocar, en su fuga, derribase una de las torretas y se rompieran los cables. Ello explicaría...
No explicaba nada. Una hora después se comprobó que la radio funcionaba ya. Y también los motores y generadores eléctricos de los vehículos. Recorrieron la línea en una distancia de varios kilómetros y no descubrieron ninguna anomalía en el tendido. No había torretas arrancadas, ni cables rotos.
Klondike se sentía más preocupado a cada minuto. Examinado el tramo de la carretera donde se había situado la red de acero, hallaron que la tierra compactada se había vitrificado en casi un kilómetro de longitud. A su alrededor, el páramo aparecía calcinado, cubierto de

cenizas y escorias. Algunos cantos se habían vitrificado igualmente.
En cuanto las comunicaciones estuvieron restablecidas, Klondike conectó la radio y llamó a Washington. Fue una comunicación tensa y larga. En Washington no querían creer que lo que el experimentado policía declaraba. Finalmente, se rindieron a la evidencia por los numerosos testimonios de otros agentes, y pidieron a Klondike que las noticias relacionadas con aquel suceso fueran mantenidas en estricto secreto.
De los vehículos policiales, sólo permanecían indemnes aquéllos situados a más de un kilómetro de la trampa preparada para atrapar a Gizzay. De todas formas, hacia las doce de la noche, llegaron helicópteros de la Seguridad del Estado que recogieron a unos cuarenta agentes que padecían quemaduras de importancia.
El Departamento de Estado envió expertos militares. Con vehículos especiales, recorrieron la zona siniestrada y examinaron cuidadosamente los vehículos calcinados, el firme de la carretera y distintos puntos del páramo.
En uno de los grandes helicópteros de la Seguridad del Estado, Klondike voló con sus agentes hasta Denver, donde habría de mantener una entrevista privada con Edgar Ronson, gobernador del estado de Colorado.
A las dos de la madrugada, Klondike y sus hombres se permitieron un descanso de unas horas.
Antes de caer derrengado en una cama en la propia sede gubernamental de Denver, Klondike murmuró:
«Es muy posible que me releven del mando de esta operación. ¿Lo harán? ¿Lo deseo yo?»
Un momento después, dormía profundamente sin haber logrado responderse a aquellas preguntas.

CAPÍTULO XI

Había resultado una jornada inolvidable.
Después de dormir unas horas en un solitario campamento juvenil, Gizzay los había despertado a todos a las diez de la mañana.
Recibieron una agradable sorpresa: sobre las mesas empotradas en el piso del campamento, estaba dispuesto un suculento desayuno para cincuenta y cuatro personas.
¿Quién había sido el diligente madrugador? Evidentemente, Kent Gizzay, a quien los ancianos saludaban afectuosamente esa mañana cuando se disponían a sentarse a las rústicas mesas.
El sol brillaba esplendoroso por encima de las copas de los árboles y se reflejaba cegador en las distantes moles rocosas, compuestas de

granito y alabastro.
Gizzay no se detenía un momento. Con una resistencia insospechable, el hombre de los cabellos de plata iba de un lugar a otro, atendía un comentario de la señora Bennett o acercaba la mermelada al gruñón de Joe Silver (en quien se había operado un cambio profundo: su irascible carácter había dejado paso a una sonrisa constante y a una palabra amable).
Al fin, cuando todos estuvieron perfectamente atendidos, Gizzay se sentó. No lo hizo adrede: el único asiento vacío estaba precisamente a la izquierda de Choney Wilson, quien le había estado contemplando largo rato, entre divertida y admirada.
Después se levantó el campamento, se recogió todo y subieron al autocar.
Hacia el mediodía, el autocar rojo se acercó a los incomparables paisajes del Gran Cañón. Gizzay paró media hora para que los ancianos se recrearan en la contemplación de las azuladas profundidades que cortaban el aliento, pero ponían un brillo de intensa admiración en los ojos de los viejos desahuciados.
Habían almorzado en un parador cercano a Boulder, una hospedería situada en un agreste valle próximo al Gran Cañón.
Gizzay no les pidió discreción, no les exigió nada. Se limitó a detener el autocar en la escondida alameda. Varios camareros sirvieron a las cincuenta y cuatro personas bajo la fresca sombra de los álamos temblones.
«¿Cómo es posible que estos camareros no sospechen nada? La Televisión, la Radio, la Prensa... Todos se ocupan del autocar rojo secuestrado en Bonneville, de los ancianos utilizados como rehenes... Estos empleados deben conocer la noticia, incluso habrán visto imágenes del autocar... ¿Por qué no llaman a la policía, por qué nos atienden risueños y amables, absolutamente despreocupados?», se preguntaba Choney Wilson, mientras paladeaba un helado de plátano y pina.
¿Por qué, por qué...? Su mismo raciocinio le dio la respuesta: el conjunto de las cincuenta y cuatro personas que almorzaban en las mesas situadas a lo largo de la alameda no daban la sensación de sufrir extorsión alguna. Ni siquiera Choney Wilson tenía el aspecto de una mujer sometida a la angustia y la zozobra. Por el contrario, todos parecían personas normales y corrientes alegres excursionistas que gozaban plenamente de una jornada feliz.
¿Cómo relacionar al hombre de los cabellos plateados, que iba alegremente de mesa en mesa satisfaciendo los más mínimos caprichos de los ancianos, con un desalmado, con un criminal, con un fugitivo peligroso...?
«Sólo si alguien se parase a mirar la matricula del autocar...», pensó

Choney. Giró el cuello, echó una mirada al vehículo. Y advirtió que alguien había cambiado las placas de matrícula. No eran de Pennsylvania, sino de California.
¿Quién había realizado el cambio? ¡Gizzay, por supuesto, con el fin de que el vehículo pasara desapercibido!
Pero se equivocaba. No era Gizzay, sino... Edmond Fray. El conductor se lo confesó horas después, cuando viajaban hacia el sur, siguiendo las tortuosas carreteras y caminos forestales de las estribaciones de las Montañas Rocosas.
—Vi las placas en el taller mecánico cercano al parador. Decidí colocarlas sobre las de nuestro autocar —dijo a Choney.
—Pero ¿por qué? —exclamó ésta, desconcertada.
También Fray se mostró confuso.
—No sé, lo hice instintivamente. Bueno... Gizzay no es tan mala persona como creíamos, ¿no? Me dio un golpe, pero sólo fue para defenderse. Por lo demás, lo estamos pasando muy bien. Gizzay es un hombre raro, pero admirable. ¿Has visto cómo los viejos parecen revivir cuando le miran, cuando le hablan...?
Era cierto. Gizzay ejercía una profunda e inexplicable influencia sobre los ancianos. Cualquier cosa que el fugitivo propusiera, era aceptada entusiásticamente por ellos.
—Pensé que, ya que él no parece desear ningún mal para nosotros, podría ayudarle, por eso cambié las placas de matrícula. Pensé que así pasaríamos más desapercibidos, si como ha ocurrido hoy, Gizzay decidía detenerse en algún parador. Lo siento, Choney, sé que obré atolondrada e irracionalmente, pero no me arrepiento —declaró Fray.
Choney se encogió de hombros. No pensaba acusar al chófer.
En realidad, ella misma se sentía fascinada por la personalidad de Kent Gizzay. ¿O Quemyiseth?
Había perdido toda sensación de temor. Ahora, Choney sólo sentía curiosidad. Una profunda y latente curiosidad, cuyo objeto no era otro que el hombre de los cabellos plateados.
Él había confesado que no se llamaba Kent Gizzay, sino Quemyiseth. Lo cual venía a sonar lo mismo, aunque se escribiera de otra forma.
Ahora, mientras los ancianos gritaban alborozados al contemplar la majestuosa belleza de las Rocosas, Choney seguía , pensando en Quemyiseth.
¡Quemyiseth!
¡Qué extraño nombre! La fonética de aquella palabra la obligaba a retroceder hasta sus tiempos de estudiante, cuando se apasionaba leyendo los textos que hablaban de los aztecas y los traxcaltecas, de los mayas y los incas y otras civilizaciones desaparecidas, tan exóticas y plenas de misterio. Nombres como Quetzacoatl, Tzacol, Bitolalom, Qaholom, Zaqui-Nimá-Tziís, Macchu Pichu y tantos otros acudían

presurosos a su mente, suscitados precisamente por el nombre que Gizzay se había arrogado a sí mismo: Quemyiseth.
Cuanto más contemplaba a Gizzay, más se abría paso en su mente una sospecha.
«No parece un hombre corriente», pensaba. Pero no se atrevía a ir más allá en sus pensamientos, aunque Choney Wilson hubiera demostrado ser siempre una mujer imaginativa y abierta a toda clase de posibilidades, por fantásticas que fueran.
Hacia las tres de la tarde, habían descendido de las estribaciones pedregosas del macizo montañoso y el autocar rodó por la carretera Cincuenta, recto hacia el dilatado Oeste.
Gizzay la miró entonces.
—Puede usar el radioteléfono, si quiere. Eso le convencerá de que no voy a retenerla por la fuerza, ni escudarme en ustedes —sugirió—. Debe comprender esta sutil diferencia, Choney: yo no huyo. Simplemente, voy.
No aclaró qué quería decir con estas extrañas palabras, ni la joven se atrevió a pedirle una explicación más clara.
Pero finalmente abrió la puertecita del hueco donde se alojaba el radioteléfono y trató de conectar con el jefe Klondike. Tenía las ideas muy claras para entonces: debía evitar que los miles de policías utilizados en la caza del fugitivo provocasen una masacre. Ahora estaba segura de que Gizzay se defendería si llegaba la ocasión, pero de ninguna forma atacaría.
Al cabo de una hora consiguió la ansiada comunicación con Peter Klondike. Pero la conversación del policía federal sólo había servido para angustiarla. Sobre todo, aquella frase inquietante: «Si logran apoderarse del arma y Gizzay se resiste, no duden en tirar a matar.»
Klondike no había sido muy explícito, pero Choney intuía que la policía tenía algún plan preconcebido y concreto.
«¡Van a matarle! —temió—. Le van a tender una trampa.»
Mientras el vehículo rodaba a buena marcha, siempre hacia el Oeste, Choney repasaba obsesivamente algunas de las enigmáticas frases de Gizzay.
«Yo no maté a nadie —había asegurado. Y había añadido—: No podría hacerlo.» ¿Qué quería decir esto?
«Podía huir de la prisión en cualquier momento. Me fui cuando comprendí que había terminado mi experiencia.» Pero ¿qué experiencia? ¿Es que Gizzay había soportado una condena de diez años por gusto?
«Me propuse estudiar el carácter y la cultura de ustedes.» Había dicho «de ustedes», como si él no formase parte de la comunidad, como si se tratase de una criatura procedente de otro mundo, de otra galaxia.
Este pensamiento, puso una arrugita de profunda perplejidad en su

entrecejo. Pero los recuerdos acudían presurosos a su mente.

Gizzay había dicho también: «Debía entrar en contacto con los ancianos, para estudiarlos y observarlos.» Pero ¿para qué, con qué motivo?

Refiriéndose igualmente a los ancianos, había declarado: «Los he mantenido bajo mi protección hasta ahora. En mi compañía, todos estarán a salvo y resultarán beneficiados.»

Esto era rigurosamente cierto. A lo largo de más de dos mil kilómetros, Gizzay había conducido con toda seguridad el autocar, transportándoles a larga distancia sanos y salvos. Y también era cierto que todos habían resultado beneficiados. Empezando por Edmond Fray y terminando por ella misma. Pero el cambio más impresionante se había obrado en los ancianos, los cuales habían olvidado misteriosamente sus achaques. Ni uno solo de ellos se quejaba; por el contrario, en sus semblantes se reflejaba por vez primera, desde que Choney los conociera, una verdadera alegría de vivir .

Podía tratarse de una influencia psíquica, hipnótica. ¿No había conseguido Gizzay dormirles a todos la primera noche?

Una de las frases que más intrigaba a Choney Wilson era aquella declaración de Gizzay cuando ella le preguntó directamente: «¿De dónde viene?», y él respondió: «De muy lejos.»

Interrumpió sus pensamientos al notar que el autocar aflojaba progresivamente su velocidad. Un momento después, el vehículo se detuvo en el cruce. Había unos cuantos carteles informativos. Uno de ellos, el más grande, indicaba: «Carretera 50 cortada por obras de mejora del firme. Disculpen las molestias.» Una señal de dirección obligatoria y un cartel complementario: «Desviación a Gunnison por la 135.» Y una señal de limitación de velocidad a 70 kilómetros por hora.

Gizzay quedó pensativo. Parecía un poco nervioso, aunque Choney comprendía que se había concentrado intensamente.

Al cabo, destelló el intermitente de la izquierda y el autocar rodó por el irregular firme de la 135. Eran las ocho de la noche.

Poco después, Gizzay llamó a Fray y le pidió que le relevara al volante sin darle ninguna explicación. Fray obedeció y dio las luces de cruce.

Unos minutos después ocurrió un extraño incidente. De repente, las luces del interior e incluso los faros se apagaron y todo quedó a oscuras. Choney oyó el deslizarse de unos pies y en seguida el autocar dio un bandazo y rodó a campo traviesa, a juzgar por sus desordenados y violentos movimientos.

En la oscuridad, se oyeron unos secos estampidos.

Choney se incorporó unos centímetros y vio una sucesión de fogonazos anaranjados. Un cristal debió deshacerse en fragmentos, pues Choney escuchó el quedo tintinear sobre el piso del vehículo. E inmediatamente se agachó y aguardó, acongojada.

El autocar saltaba violentamente sobre el irregular piso. Los ancianos habían enmudecido, aterrorizados.
Pero un momento después, se oyó la voz calmosa de Kent Gizzay:
—¿Qué les ha parecido? Por supuesto que no hay que preocuparse: atravesamos el medio Oeste y todavía deben quedar algunos indios bravos. Quizá querían obtener un botín de... coca-colas y cigarrillos rubios, pero los hemos dejado tan atrás...
Las luces del techo se encendieron en ese momento. Surgieron algunas risitas. Y en seguida la carcajada estentórea de Mike Kiltram.
—¡Era una broma! —exclamó el viejo, riendo a mandíbula batiente—. ¡Una simple broma que me ha hecho recordar los viejos tiempos!
En seguida, las conversaciones se generalizaron y los ancianos bromearon entre sí, muy animados.
«¿Será posible? —se preguntó Choney—. Estos viejos imaginan que Gizzay preparó una especie de aventura para ellos...» Un sexto sentido le advertía que lo que había ocurrido era muy serio y... peligroso. Aquel cristal que había saltado en pedazos, las detonaciones de armas de fuego, los fogonazos rojizos que ella había visto destellar al otro lado de los cristales... Y el súbito apagón, la marcha desordenada y veloz a través del campo...
Porque Gizzay seguía conduciendo a campo traviesa. La velocidad no bajaba de los setenta kilómetros por hora y el conductor procuraba evitar habilidosamente las manchas espesas de matorrales, las pedrizas y las rocas que surgían de cuando en cuando en la desértica pradera.
Se acercó, lentamente, a Gizzay. Y entonces advirtió que él no había encendido los faros. ¿Cómo podía esquivar los frecuentes accidentes del terreno a oscuras?
Le tocó el hombro. Kent no se volvió, pero dijo:
—Todo va bien, Choney.
Y ella se tranquilizó inmediatamente. Pero sus rodillas se doblaron y se dejó caer sobre el piso, afianzada al respaldo del asiento de Gizzay.
—Quemyiseth —musitó.
Sintió la fresca mano de él sobre su brazo desnudo.
—¿Qué?
—Me siento angustiada —confesó con un trémulo vibrante—. Compréndelo, Quemyiseth. Soy una pobre mujer. Llena de miedos, de inseguridades, de zozobras. Te lo confieso: temo a lo desconocido...
—No tienes nada que temer —susurró Gizzay, oprimiéndole cálidamente una mano, mientras el autocar rodaba velozmente a través de las tinieblas.
—Todo esto... Desde que tú subiste a este vehículo, han ocurrido tantas cosas extrañas, incomprensibles... ¡Y temo tanto por mis queridos viejos! —protestó suavemente.
Y sucedió una pausa. Choney escuchaba los crujidos de las ballestas y

los amortiguadores, el susurro de los neumáticos pulverizando los resecos matojos del desierto.
—No temas nada, porque tu alma es limpia como el agua de los arroyos de la montaña. Choney Wilson —oía la voz de Quemyiseth; y la taquicardia desaparecía instantáneamente, su temperatura descendía, sus músculos se aflojaban y sentía renacer su vigor y su confianza.
Transcurrieron unos minutos. Ahora, Choney no temía nada. Poco antes, su estómago se había encogido al comprobar que el hombre de los cabellos plateados conducía el pesado autocar a través de las tinieblas. Pero ahora no.
Incluso se atrevió a plantar aquella trémula pregunta:
—¿Quién eres tú, en realidad, Quemyiseth?
Todavía quedaba en ella un rescoldo de temor, pues en cuanto hubo formulado aquella cuestión, Choney se dejó caer nuevamente de rodillas, aunque su mano izquierda acariciaba la musculosa espalda de Quemyiseth.
Y aguardó, encogida sobre sí misma.
Llegó la voz de él, susurrante, cálida, afectuosa:
—Soy como tú, Choney Wilson. Soy de carne y hueso. Poseo sentimientos, sensibilidad, cerebro. Pero tienes razón: no soy de aquí. Durante diez años he intentado eso precisamente: sentirme como uno de los vuestros, integrarme, saber... Y ha sido muy difícil, Choney. Dolorosamente difícil. Mi sufrimiento máximo se debió a la soledad. Me sentía aislado, solo... Estaba a punto de abandonar, después de terminar mi misión, mi última misión.
Choney se acercó a él fervientemente.
—¿Tu última misión? —susurró.
—Sí. Había estudiado ese raro fenómeno de la enfermedad, de la vejez y de la muerte. Cuando vi vuestro autocar de Jonneville, pensé que podía hacer algo positivo antes de marcharme de aquí. Y lo hice —respondió él.
—Pero...
El vehículo rebotó tan violentamente en ese momento, que Choney se aferró con fuerza a los hombros de Quemyiseth. A pesar de todo, Choney seguía alimentando un rescoldo de temor.
No ocurrió nada. Súbitamente, vio brillar la potente luz de los faros. Una carretera muy estrecha, empinada y tortuosa apareció ante su vista.
Choney se volvió y dirigió una ansiosa mirada a «sus» viejos. No tenía motivos de preocupación: los ancianos charlaban animadamente entre sí, ajenos a toda sensación medrosa.
El autocar escalaba a gran velocidad la carretera de montaña. Al llegar a la próxima curva, Quemyiseth aflojó la marcha y el coche se plegó, a

la cuneta fácilmente, aunque el velocímetro marcaba ochenta kilómetros por hora.
—¿Adonde nos llevas, Quemyiseth? —murmuró la joven.
El hombre no se volvió inmediatamente. Cambió de velocidad al alcanzar el cambio de rasante y el autocar descendió suavemente hacia el fondo de un valle arbolado.
—¿Hacia dónde? Esta noche nos hemos ganado un descanso. Todos. Y vamos a tomárnoslo —dijo Quemyiseth.
Choney se relajó totalmente.
Y murmuró entre dientes:
—Sé que es una barbaridad, Quemyiseth, pero contigo iría hasta el fin del mundo.
El hombre oprimió su mano derecha, la alzó y la besó largamente.
—Es lo más hermoso que nunca escuché de... de una mujer —confesó Quemyiseth, tras una cierta vacilación.
Choney se quedó allí, casi agachada junto a Quemyiseth. Sus ojos se cerraron lentamente, sus músculos se aflojaron poco a poco.
Debió dormir durante unos minutos. Pero al cabo despertó bruscamente.
Se incorporó. Los ancianos palmoteaban, gesticulaban y parloteaban muy excitados.
—¡Nieve, nieve! —gritaba la señorita Perdy, pegando su nariz al cristal.
—¡Está nevando! ¡Nevando-chillaba la, señora Bord, con la misma infantil animación de una niña.
¿Nieve? ¿Una nevada?
Choney se asustó.
«¡Imposible! —murmuró para si. Y despectivamente—: ¡Nieve en agosto...!»
Pero... los marcos de las ventanillas estaban llenos de algo blanco que tenía todo el aspecto de la nieve. La temperatura había descendido ligeramente en el interior del autocar. Choney se volvió hacia delante y vio... que la carretera estaba cubierta de un níveo manto de unos veinte centímetros de altura. Había nieve en las ramas de los abetos, nieve en las cunetas y en los campos y ribazos, ¡nieve por doquier!
Quemyiseth conducía despacio. El autocar se deslizaba a veces unos centímetros, pero su conductor enderezaba la marcha con sabios y oportunos movimientos del volante.
¡Una nevada en pleno verano! Una gran nevada en verano, en el Hemisferio norte... ¿No era increíble?
Choney se quedó mirando fijamente a Quemyiseth.
«Él. Ha sido él. Ha provocado un temporal de nieve para evitar que la policía pudiera seguirnos», murmuró..
Era una loca y absurda sospecha; pero Choney se sintió en seguida

absolutamente segura de que aquel milagro estaba directamente relacionado con el hombre de los cabellos plateados.
Soplaba potente el viento, arrastrando tolvaneras de grandes copos que se estrellaban contra el parabrisas. El cierzo bandeaba el autocar, pero Quemyiseth seguía tras el volante, tan tranquilo como si rodaran junto a una ribera de una apacible mañana de verano.
Luego el vehículo aminoró la marcha y se deslizó a la derecha. Unos doscientos metros de recorrido sobre el blanco manto de la nieve y finalmente el autocar se detuvo ante la fachada de un atractivo edificio de piedra.
Los faros iluminaron los inclinados tejados alpinos, las galerías elevadas, el porche bajo el cual se balanceaba un farol. Y el rótulo de hierro: «Syysnow. Albergue de montaña. Deportes de nieve.
Quemyiseth se incorporó y miró primero a Choney. Luego dirigió su mirada el fondo del autocar.
—Queridos amigos: para una noche como ésta, nada mejor que un abrigado y cómodo albergue de montaña. Aquí podremos descansar confortablemente hasta el amanecer —dijo.
Choney tuvo que recurrir a toda su autoridad para evitar que los cincuenta ancianos se precipitaran atolondradamente afuera. Bajaron, sí, pero ordenadamente, dirigidos por Fray la doctora Morris, Choney e incluso Quemyiseth.
En cuanto pusieron pie en tierra, el violento vendaval se calmó.
—Incomprensible —murmuró Choney, organizando el descenso de sus pupilos—. Ni siquiera hace frío. Pero todo está cubierto de nieve.
El albergue constaba de tres plantas y sesenta comodísimas habitaciones. Desde luego, no había personal —puesto que la temporada invernal llegaría tres meses después—, pero las dependencias y servicios estaban en orden y en las cámaras frigoríficas se amontonaban centenares de kilos de víveres!
Cuando todos los ancianos hubieron penetrado en el albergue, Choney volvió al exterior apresuradamente. Pero no había motivo de alarma: Quemyiseth llevaba el autocar al garaje y en seguida se reunió con ella.
¿Prodigio? En cuanto subieron y cerraron la ancha puerta de roble, afuera volvió a desatarse una violentísima tempestad de nieve.
Pero dentro..., dentro había un calor indefinible.
«Calor... de la humanidad que irradia Quemyiseth —dedujo Choney, viendo que el hombre de los cabellos de plata recorría los grupos de ancianos rápidamente, esforzándose en acomodarlos, confortarlos y arrancarles una sonrisa optimista—. Sea quien fuere, Quemyiseth es el mejor hombre que he conocido», decidió Choney Wilson.
Él le hizo una seña, llamó después a Henriette Morris y a Fray y los cuatro fueron a la cocina y prepararon una suculenta cena en menos

de una hora.
Después de la cena y cuando los ancianos estuvieron acomodados en sus habitaciones, Edmond Fray, Henriette, Choney y Quemyiseth se dejaron caer junto a la mesa, derrengados.
En la chimenea, aún cabrilleaban las llamas de la hoguera de roble que Quemyiseth había encendido en el gran salón restaurante.
Fray y la doctora se retiraron a sus habitaciones muy cerca de la una de la madrugada.
En el exterior, la tempestad rugía con trémolos silbantes. Poco a poco, Choney se fue acercando al hombre de los cabellos plateados. Él la miró y le tendió una mano. Las dos manos se encontraron y hallaron gran placer en aquel contacto.
Luego, Choney dijo:
—Quemyiseth, hace pocas horas, por encima de todo sentía curiosidad hacia ti. Ahora… es distinto. En primer lugar, siento confianza. Y amor.
Calló
El hombre la tomó delicadamente por los hombros, clavó en ella sus ojos nácar y susurró:
—Lo sé. Yo también te amo.
A la luz de las llamas, sus cuerpos se fundieron lentamente en una sola silueta. En el hogar chisporroteaban las brasas de los troncos de roble.

CAPÍTULO XII

Sonó el teléfono y Peter Klondike tomó el auricular con un ademán impaciente. Junto a él estaban sus fieles ayudantes, Chardum, Williams y Thorpe. Y los tres advirtieron cómo el demacrado semblante de su jefe iba palideciendo a medida que escuchaba. Le vieron asentir con nerviosos movimientos de cabeza. Y también contemplaron su rictus de impotencia y rabia cuando colgó el teléfono con un movimiento cuidadosamente controlado.
—¿Qué, jefe? —se atrevió a preguntar el incisivo Ted Chardum.
—Era nuestro director —respondió Klondike, inexpresivo—. Acaban de comunicarme que la policía de Altoona detuvo ayer a dos individuos, los hermanos Boomam. Han confesado los crímenes que achacábamos a Kent Gizzay.
Chardum pronunció un rotundo taco.
—¿Cómo…? .
—Habéis oído perfectamente —dijo Klondike, fatigado—. Mark y Effraime Boomam se emborracharon ayer en una taberna de Altoona. Se pelearon. Y luego comenzaron a acusarse de las violaciones y asesinatos de aquellas cuatro muchachas: Monica Bitts, Helen Smith,

Diana Roemberg y Cherly Davis. No hay duda. Fueron ellos. La policía ha reconstruido los hechos y comprobado minuciosamente la culpabilidad de los Boomam. Han confesado que encontraron a un tipo de cabellos canosos (Gizzay, evidentemente). Le obligaron a beber hasta emborracharlo y le metieron un paquete de cigarrillos en el bolsillo. Luego le golpearon y llamaron a la policía, que halló a Kent Gizzay en la casa que encontraron el cadáver de Cherly Davis.
—Jefe —imploró Ron Williams, entornados los ojos—. ¿Quiere decir que hemos estado persiguiendo a Gizzay como a fiera rabiosa y ahora resulta que... es inocente?
—Sí —dijo Klondike dejando caer la barbilla sobre el pecho.
—Si la policía de Altoona sabía ayer tarde que Gizzay era inocente, ¿por qué no nos avisaron en seguida? —inquirió Bob Thorpe, encolerizado.
—¿Por qué? —el jefe Klondike dejó escapar un profundo suspiro—. No lo sé. Pero lo que más me preocupa es eso: el director del FBI quiere que sigamos persiguiendo a Gizzay, que le reduzcamos a cualquier costa. Para nosotros, hijos, las circunstancias no han cambiado. Tenemos que cazar a Gizzay, aunque su único delito consista en haber tomado un autocar y pasear a cincuenta y tres personas a lo largo de este país.

* * *

Klondike volvió a ver el autocar rojo a las diez de la mañana siguiente. Una urgente llamada de radio había situado a Gizzay y el vehículo que conducía en un punto próximo a Blanding, estado de Utah.
¿Cómo había conseguido Gizzay avanzar más de mil kilómetros en una sola noche, a través de una zona verdaderamente accidentada?
Klondike no sabía responder. Pero sí tenía muchas preguntas sin respuesta. Por ejemplo, ¿cómo había conseguido escapar Gizzay de la red de acero en la 135? ¿Qué oscuro fenómeno provocó una súbita elevación de la temperatura a casi 1.000 °C aquel anochecer? ¿Por qué los servicios meteorológicos habían registrado aquella noche una sorprendente y copiosa nevada en las estribaciones de las Montañas Rocosas, zona próxima a Durango?
A Klondike le repugnaba ya perseguir a Gizzay. Comprendía que aquel individuo había cometido un acto ilícito —un secuestro múltiple—, pero la verdad era que Gizzay no había producido el menor daño a los viejos desahuciados del hospital geriátrico de Bonneville. Claro que la opinión pública exacerbada, la apasionada incidencia de los medios de comunicación —sobre todo la radio y la televisión, con aquel afán de dramatizar las cosas—, las presiones de algunos senadores y

autoridades y, en fin, ciertos poderes fácticos difuminados, habían conseguido convertir aquel caso en la primera noticia. Pero Klondike, carnaza pura para los buitres ávidos de noticias trágicas, teñidas en un cierto barniz ternurista.
Pero allí estaba Peter Klondike, en su potente helicóptero «Sikorsky», acompañado de sus tres inseparables agentes especiales. Ciertamente, la excitación de Chardum se había diluido mucho. También Thorpe y Williams precian mucho menos convencidos de la conveniencia de movilizar a varios miles de policías para resolver el caso. Y además... estaban cansados. Eran cuatro días seguidos sin recuperar el vigor. Muchas horas de tensión, frustración, desaliento y fatiga.
Klondike tomó una decisión en pocos minutos. Allá abajo rodaba la mancha roja del autocar conducido por Kent Gizzay. Y él tenía que detener el vehículo y atrapar a Gizzay. Vivo o muerto.
El plan estaba en marcha. Gizzay pasaría —probablemente— muy cerca de Parguitch. Atravesaría el Glen National Park y llegaría a Pueblecito, una localidad de unos mil quinientos habitantes. Ni siquiera haría falta colocar falsas señales de tráfico. La carretera 34 estaba cortada (el puente se lo había llevado la última riada) y no había otras desviaciones. Así pues, Gizzay pasaría por Pueblecito (sobre todo si no se le hostigaba).
A las once, Klondike recibió un mensaje: Pueblecito acababa de ser evacuado. Dentro de las casas, sólo aguardaban doscientos policías del cuerpo especial operativo antiterrorista. Disponían de grandes recursos: gases adormecedores, pantallas de espeso humo, mangueras que bañarían de aceite la carretera que cruzaba el pueblo y... un muro de fardos de paja al final.
En teoría, Gizzay no podía escapar.
A las doce del mediodía, el autocar rojo estaba a un kilometro de Pueblecito. Los del grupo antiterrorista solicitaron el permiso del jefe Klondike para comenzar su actuación l
Klondike carraspeó apenas para aclararse la garganta, hinchó el pecho de aire y dijo:
—Adelante.
Y en ese momento desató el violentísimo tornado. El piloto del helicóptero farfulló algo entre dientes: «¡Cuidado! ¡Esa columna de polvo rojizo...!»
El helicóptero se agitó como una pluma en un vendaval y ascendió brutalmente ochocientos metros. Fue un milagro que la potencia desatada del tornado no los aplastase contra los farallones del Cañón Bryce, situado a sesenta kilómetros de la localidad de Pueblecito.
El piloto era un hombre muy experto y consiguió descender sobre una meseta de basalto cuando la fuerza del tornado les «escupió» salvajemente de su epicentro.

Desde allí, Klondike recibió las noticies que llegaban de Pueblecito. Había ocurrido algo increíble, en el instante en que el autocar rojo atravesaba el pueblo, los grifos del agua corriente habían vomitado temible chorros de agua hirviendo y todas las cañerías habían estallado incomprensiblemente —incluidas las del alcantarillado— y disparado candentes chorros de vapor de agua, capaces de provocar gravísimas quemaduras.
Por fortuna, los lesionados habían sido media docena de policías, y sus quemaduras no eran graves. Pero Pueblecito entero había quedado sumergido en una ardiente masa de vapor de agua momentáneamente. Algunos policías habían visto cómo el autocar rojo desaparecía entre las tufaradas de vapor candente. En ese momento, avanzó el tornado sobre Pueblecito. Con tanta virulencia, que diez minutos después eran escasas las construcciones que aún se mantenían en pie. Detrás del tornado, Pueblecito quedó arrasado, aunque no se registró ni una sola víctima mortal.
El autocar de Gizzay fue nuevamente detectado hacia las cuatro de la tarde. Estaba en ¡Mesquite! en la frontera entre los estados de Utah y Nevada. Pero ¿cómo era posible que hubiera avanzado mil doscientos kilómetros en poco más de tres horas?
«El tornado va empujándoles hacia el Suroeste», murmuró Klondike, obsesionado.
Era sólo una frase, pero lo cierto era que los servicios meteorológicos situaban al intempestivo y repentino tornado a unos cuarenta kilómetros de distancia del autocar rojo.
«Es... como si el tornado fuera protegiendo a Gizzay», pensó Klondike.
A las cuatro veinte escuchó un boletín informativo. El recién nacido tornado ya tenia un nombre: los hombres del tiempo le llamaban «The Sphinx» —¡La Esfinge!—, como llamaban a Gizzay en la penitenciaría de Raff Gardens.
«The Sphinx» no era un tornado devastador como los que suelen asolar la costa Este de los Estados Unidos. En realidad, aparte de arrasar Pueblecito, el tornado se dirigía hacia el Suroeste sin provocar especiales catástrofes, aunque, eso sí, había volcado varios coches-patrullas en las inmediaciones de Saint George y anulado por completo las comunicaciones por radio de la policía.
En cualquier caso, y según pudo comprobar personalmente el jefe Klondike, resultaba imposible acercarse por el aire al autocar rojo. A varios kilómetros de distancia, Klondike había observado el tornado: era una especie de manga que se iniciaba a la altura del suelo y ascendía en una impresionante vorágine hasta casi dos mil metros de altura. El tráfico aéreo regular estaba siendo desviado por los controladores de los aeropuertos cercanos, puesto que volar por las inmediaciones, incluso a gran altura, suponía un riesgo considerable.

Al atardecer, los observadores de la policía perdieron de vista al autocar rojo. Y el tornado llamado «The Sphinx» se extinguió misteriosamente.
Pero tornó a renacer a la mañana siguiente, justo en el momento en que policías del estado de California situaban al autobús en las proximidades de la localidad de Needles. Inaudito: el tornado avanzaba lentamente, es decir a unos cien kilómetros por hora. (Sensiblemente la misma velocidad del vehículo que conducía Kent Gizzay.)
Informaciones que recibía constantemente Klondike a bordo de su helicóptero indicaban que el tornado avanzaba a menos de treinta Kilómetros del autocar... como si los elementos se hubieran puesto de acuerdo para proteger la huida del fugitivo de Raff Gardens.
Klondike optó por mantenerse a la expectativa. Pero, asombrado, tomaba nota de los fenómenos —¿qué otro nombre se les podía dar?— que se iban sucediendo. Por ejemplo, el tornado había cruzado el pantano del Parque Nacional Zion y había elevado miles de toneladas de agua... que fueron a regar benéficamente la desértica zona de Needles-Ludow.
El autocar se había perdido de vista hacia el mediodía, pero volvió a ser avistado al atardecer. Estaba ya acercándose a la ciudad de San Luis Obispo y avanzaba sin detenerse hacia el océano Pacífico. El tornado se había deshecho sin dejar rastro.
«El Sikorsky» de Klondike se lanzó en picado sobre la costa. Allá abajo, la manchita roja del autobús.
—¡Está..., está descendiendo hacia la playa! —exclamó Chardum, que avizoraba a través de unos prismáticos.
Klondike le arrebató el aparato de un buen tirón.
—¡Dios mío, es verdad! —farfulló—. ¡Ese loco está adentrándose en el mar!
El autocar rojo desaparecía ya en la azules y serenas aguas del Pacífico.

* * *

Acababa de abandonarse desesperadamente sobre la húmeda arena de la playa. Veía cómo el autocar rojo se iba hundiendo lentamente en el océano Pacífico y la angustia y la desesperanza subían a oleadas a su garganta hasta ahogarla.
Quemyiseth la había obligado a bajar en cuanto llegaron a la playa.
—Tú tienes todo lo que necesitas, Choney. No es preciso que vengas con nosotros —había dicho él, inapelablemente.
—Pero... ¡yo ya no puedo prescindir de ti, Quemyiseth! —había gritado Choney.

—Si me necesitas, volveré —respondió él.
Pero ¿cómo iba a volver, si el océano Pacífico acababa de tragárselo, junto con los ancianos, Henriette, Fray...?
En lo alto zumbaron las aspas de un helicóptero. Se alzaron oleadas de arena que herían los brazos de Choney. Unos hombres bajaron y corrieron hacia ella. Pero Choney, fuera de sí, golpeaba el suelo con sus delicados puños.
—¡No, no, no! —gemía, desconsoladamente.
Unas manos amigas la incorporaron del suelo. Debía haberse dado un buen batacazo, pues le dolía la cadera derecha. Abrió los ojos: la doctora Morris estaba acomodándola en el lecho. Parecía preocupada.
—He estado telefoneándote toda la mañana, Choney. La excursión se ha suspendido: el autocar se incendió anoche en el garaje del hospital, inexplicablemente. Quería avisarte con tiempo para que no madrugases inútilmente, pero nadie cogía el teléfono. Luego llamé a tus amigas —explicaba Henriette entrecortadamente—, pero ninguna sabía de ti. La señora Rodman me dijo que te vio llegar anoche y que parecías muy alegre y excitada. Pero yo no podía sentirme tranquila. Cierto que he esperado hasta el atardecer. Luego mis nervios me impulsaron a pedir la ayuda de un cerrajero. El hombre abrió la puerta y... tú estabas durmiendo en tu cama en medio de una pesadilla. Te oí gritar desconsolada: «¡No, no, no!» y por eso te zarandeé. Diste un brinco y... te caíste de la cama. Menos mal que todo ha quedado en un simple susto.
Choney separó las temblorosas manos de su rostro y miró a la doctora Morris con estupor.
—Entonces... ¿todo ha sido un sueño? —murmuró, pro fundamente decepcionada—. El viaje, Quemyiseth..., ¿todo ha sido un sueño?
—Bueno, ahora que lo dices. Hay un hombre que parece desesperadamente interesado en entrevistarse contigo. Es curioso: se llama Kent Gizzay —dijo Henriette—. ¿Sabes una cosa? Nuestros viejos parecen haber sufrido un cambio increíble Según me han dicho los enfermeros, todos pasaron una noche muy agitada en sus habitaciones. E invocaban constantemente el nombre de la persona que te espera en el vestíbulo: Kent Gizzay. Esta mañana... Entré en las salas de los desahuciados y comprobé personalmente dos cosas. En primer lugar, nuestros ancianos pacientes parecían asombrosamente recuperados de sus dolencias y achaques. Además, ninguno de ellos tenía el menor interés por esa excursión que habíamos proyectado. Conque no logro explicarme lo que...
Se quedó de una pieza cuando Choney saltó del lecho en camisón y corrió hacia el vestíbulo. La doctora Morris se escandalizó discretamente al ver que Choney y aquel individuo llamado Kent Gizzay estaban íntimamente abrazados y se besaban apasionadamente

y murmuraban vocablos ininteligibles.
Sospechando que en aquel momento sobraba allí, Henriette Morris se escabulló disimuladamente y cerró la puerta por fuera.
Choney había perdido la respiración, sus rodillas flaqueaban... Pero el hombre que la abrazaba la estuvo firmemente entre sus brazos.
—Ayer... Bueno, cuando nos separamos recordé que ni siquiera te había dicho mi nombre —susurró Kent—. Y esta mañana... he pasado casi todo el día en Shannon Lane, esperando que salieras. Averigüé tu teléfono, te llamé. Pero era inútil. Por fortuna, llegó la doctora Morris con un cerrajero y... todo se ha arreglado. Pensé, temí...
Choney tomó el bronceado rostro varonil entre sus manos y acercó sus labios con unción a la boca del hombre.
—Esta vez no te escaparás, Quemyiseth —murmuró apasionadamente. Y le besó.
Kent se separó unos centímetros. Maravillado, gozoso, reflejado, feliz.
—¿Cómo sabes mi nombre? —susurró—. A mí se me olvidó decírtelo. ¿Cómo...?
—Lo he soñado —respondió ella intensamente—. Y es suficiente.
Le tomó por la mano y le guió paso a paso hasta el dormitorio donde había soñado durante larguísimas horas.
Kent se tendió junto a ella.
«No me importa que Kent no sea un dios —pensó Choney fervientemente—. Incluso prefiero que sea un hombre común y corriente, tangible. Un Kent Gizzay a quien yo pueda retener para siempre.»
Atardecía. Choney se entregó a Kent con toda el alma. A la excitación desbordada sucedió el íntimo placer voluptuoso. Y a éste, la serenidad y la gozosa calma.
Transcurrieron algunas horas. De madrugada ya, Kent se alzó del lecho, contempló largamente el cuerpo desnudo de Choney con ternura, suspiró y luego abrió la cristalera y salió a la terraza. Desde fuera corrió las cortinas.
Erguido, firme, dirigió sus ojos color de nácar a las alturas y cruzó sus manos sobre el pecho. Súbitamente su silueta resplandeció. Parecía transfigurado y sus cabellos color plata brillaban con destellos metálicos.
Arriba, en las alturas del firmamento oscuro, brilló una luz azulada que descendió fulgurantemente. A velocidad de vértigo, la gran masa deslumbrante se abatió sobre Shannon Lane e inundó fugazmente de luz los alrededores. Finalmente, la forma alargada se elevó y desapareció en las profundidades remotas del firmamento, dejando tras sí una leve estela celeste.
—Así será, puesto que así lo queréis —aceptó Quemyiseth solemnemente—. Continuaré junto a Choney Wilson hasta el fin de

mis días.

Silenciosamente, descorrió la cristalera y se tendió en el lecho junto a la joven mujer morena.

Choney rodeó su cuello con un fino y fresco brazo y le besó en sueños.

—No te vayas nunca, Quemyiseth —murmuró.

Y descansaron plácidamente hasta el amanecer.

F I N